

EL CORAZON DEL REDENTOR DEL HOMBRE

«Pienso que la encíclica *Redemptor Hominis* quedará como un importante hito en la historia del culto al Sagrado Corazón, como un gran acontecimiento que significará una etapa decisiva en el camino de esta devoción.»

Tomamos estas palabras de un artículo publicado en «L'Osservatore Romano», el 21 de junio de este año, firmado por el teólogo español P. Jesús Solano, internacionalmente reconocido como uno de los máximos especialistas contemporáneos en la teología del Sagrado Corazón.

Aunque la encíclica *Redemptor Hominis* no pueda considerarse un documento específicamente dedicado a este culto, como fueron la *Annum Sacrum* de León XIII, la *Miserentissimus Redemptor* de Pío XI o la *Haurietis Aquas* de Pío XII, el documento programático de Juan Pablo II se centra en la idea de Cristo Redentor del hombre en una perspectiva doctrinal desde la que el culto al Corazón de Jesús aparece profundizado en sus fundamentos y más que nunca mostrado como núcleo y centro del misterio de la salvación.

La encíclica de Juan Pablo II cita la Letra Apostólica de Paulo VI *Investigabiles divitias* entre los documentos más sobresalientes de aquel Pontificado. En otro lugar de la encíclica se citan también las Letanías del Sagrado Corazón.

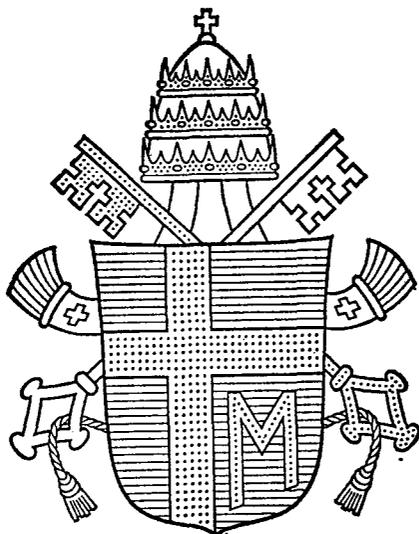
Pero no son estas alusiones, ni siquiera las citas del Evangelio de San Mateo en que se habla de Cristo «humilde de Corazón», o del Vaticano II al afirmar que «el mismo Hijo de Dios ha amado con corazón de hombre» las que determinan la importancia del nuevo documento en la historia de la devoción al Corazón de Jesús.

Lo verdaderamente decisivo está en la presentación misma del tema central del documento. La Redención del hombre es definida como «la plenitud de la justicia en un Corazón humano, el Corazón del Hijo de Dios del que brota la salvación para los corazones de los hombres redimidos».

En la encíclica *Redemptor Hominis* se centra además la atención en el hombre y en su interioridad, que se define como simbolizada en el corazón. «El misterio interior del hombre, en el lenguaje bíblico (e incluso en el no bíblico) se expresa con la palabra corazón. Cristo Redentor del mundo, es Quien ha penetrado, en forma única e irrepetible, en el misterio del hombre y ha entrado en su corazón.»

Mientras tantas energías han tenido que ser empleadas en discutir la oportunidad y congruencia para el hombre de nuestros días del culto al Corazón de Jesucristo, el documento de Juan Pablo II apela al lenguaje universal de los hombres, con el que se corresponde también el lenguaje bíblico, para hacer sentir hasta qué punto se ha mostrado el amor misericordioso y benigno del Redentor al presentárenos con su corazón humano. El misterio Redentor queda así contemplado como la efusión amorosa, de corazón a corazón, que va del Hijo de Dios Redentor a nosotros los hombres.

F. C. V.



APRENDAMOS A CONOCER EL MISTERIO DEL CORAZON DE CRISTO

Pasado mañana, el viernes próximo, la liturgia de la Iglesia se concentra en una adoración y un amor particular *entorno al misterio del Corazón de Cristo*. Deseamos ya hoy, anticipando este día, dirigir con vosotros la mirada de nuestro corazón sobre el misterio de aquel Corazón. El me ha hablado al fin de mi edad juvenil. Todos los años vuelvo de nuevo a este misterio en el rito litúrgico del tiempo de la Iglesia.

Y noto que el mes de junio está particularmente dedicado al Corazón Divino, al Sagrado Corazón de Jesús. A El manifestamos nuestro amor y nuestra adoración mediante las letanías que hablan con una particular profundidad de su contenido teológico en cada una de las invocaciones.

Deseo por eso, al menos brevemente, cerrarme junto con vosotros ante este Corazón, al que se dirige la Iglesia como comunidad de corazones humanos. Deseo por lo menos brevemente hablar de este misterio *tan humano*, en el cual *con tanta sencillez y al mismo tiempo profundidad y fuerza se ha revelado Dios*.

Hoy dejamos hablar los textos de la liturgia del viernes empezando por la lectura del Evangelio según San Juan. El Evangelista refiere un hecho con la precisión del testigo ocular.

«Era el día de la Paresceve y los Judíos, para que los cuerpos no permanecieran en la cruz durante el sábado (era además aquel sábado un día solemne) dijeron a Pilatos que les fueran quebradas las piernas, y así se dispuso. Fueron, pues,

los soldados y quebraron las piernas del primero y después del otro que fueron crucificados junto con Jesús. Vinieron después a Jesús, pero al ver que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza y en seguida brotó sangre y agua» (Jn. 19, 31-34).

Ni siquiera una palabra sobre el corazón.

El Evangelista habla solamente del lanzazo al costado, del que salió sangre y agua. El lenguaje de la descripción es casi médico, anatómico. La lanza del soldado ha golpeado ciertamente el corazón, para verificar si el Condenado estaba ya muerto. Este corazón —este corazón humano ha dejado de trabajar, de latir. Jesús ha dejado de vivir. Al mismo tiempo, pero, esta anatómica apertura del Corazón de Cristo después de muerto —no obstante toda la «aspereza» histórica del texto— nos empuja a pensar también a nivel de metáfora. El corazón no es solamente un órgano que condiciona la vitalidad biológica del hombre. El corazón es un símbolo. *Habla de todo el hombre interior*. Habla de lo íntimo espiritual del hombre. Y la tradición en seguida ha dado este sentido a la descripción de San Juan. Por lo demás, en cierto sentido, el Evangelista ha dado este mismo impulso cuando refiriéndose a la atestación de testigo ocular que era él mismo se refiere también a la frase de la Sagrada Escritura:

«Volieron la mirada a Aquel a quien traspasaron» (Jn. 19, 37; Zac., 12, 10).

Así, en realidad, mira la Iglesia, así mira la humanidad. He aquí el Traspasado por la lanza del soldado, todas las generaciones de los cristianos han aprendido y aprenden a leer el misterio del Corazón del Hombre Crucificado que era el Hijo de Dios.

Diversa es la medida del conocimiento de este misterio durante el transcurso de los siglos. El Corazón de Cristo ha tenido muchos discípulos y discípulas. Uno de los protagonistas en este campo fue ciertamente Pablo de Tarso, convertido de perseguidor en Apóstol. También él nos habla en la litúrgica del viernes próximo con las palabras de la *carta a los Efesios*. Habla como el hombre que ha recibido una gran gracia, porque a él se le ha concedido «anunciar a los gentiles las inexcusable riquezas de Cristo, y hacer resplandecer a los ojos de todos cual es su mandato de dar a conocer el misterio escondido desde siglos en la mente de Dios, Creador del universo» (Ef. 3, 8-9).

Cual es la «riqueza de Cristo» y al mismo tiempo cual es el «eterno designio de salvación» de Dios, «dirigido por el Espíritu Santo al hombre interior», a fin de que así «el Cristo habita por la fe en nuestro corazón» (Ef. 3, 16-17). Y cuando Cristo, por la fuerza del Espíritu Santo, habitará por la fe en nuestros corazones humanos, entonces «tendremos aptitud para comprender con nuestro espíritu humano» (o sea con nuestro corazón) cuáles son «la amplitud, la largueza, la alteza y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento...» (Ef. 3, 18-19).

Para tal conocimiento hecho con el corazón, con todo corazón humano ha sido abierto, al fin de la vida terrenal, el Corazón Divino del Condenado y Crucificado en el Calvario.

Diversa es la medida de este conocimiento por parte de los corazones humanos. Ante la fuerza de la palabra de Pablo, cada uno de nosotros interróguese a sí mismo sobre la medida del propio corazón, «...Ante él aseguremos nuestro corazón, y cualquiera cosa que en él nos reprochemos. Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todas las cosas» (I Jn. 3, 19-20). El Corazón del Hombre-Dios no juzga los corazones humanos.

El Corazón de Jesús los llama. El Corazón de Jesús los «invita». A este fin ha sido abierto con la lanza del soldado.

El misterio del corazón se abre a través de la herida del cuerpo; se abre el gran misterio de la piedad, se abre la víscera de misericordia de nuestro Dios. (San Bernardo, Sermón LXI, 4; PL, 183, 1072).

Cristo habla en la liturgia del viernes: «Aprended de Mí que soy yo manso y humilde de corazón» (Mt. 11, 29).

Tal vez una sola vez con palabras suyas, el Señor Jesús se ha referido a su propio corazón. Y ha puesto en evidencia este único rasgo: «mansedumbre y humildad», como si quisiese indicar que por este solo camino quiere conquistar al hombre, que mediante la «mansedumbre y la humildad» quiere ser el Rey de los corazones. Todo el misterio de Su reinado se expresa en estas palabras. La mansedumbre y la humildad comprenden en cierto sentido toda la «riqueza» del Corazón del Redentor, del que ha escrito San Pablo a los efesios. Pero también aquella «mansedumbre y humildad» lo revela plenamente; y mejor, nos permite conocerlo y aceptarlo; lo hacen objeto de admiración suprema.

La hermosa letanía del Sagrado Corazón de Jesús compuesta de muy parecidas palabras, de las exclamaciones de admiración por la riqueza del Corazón de Cristo. Meditémosla con atención en este día.

Así, al fin de este fundamental ciclo litúrgico de la Iglesia que se inicia con la primera dominica de Adviento, y pasando por el tiempo de Navidad, por la Cuaresma, de la Resurrección hasta Pentecostés, a la Dominica de la Santísima Trinidad y al Cuerpo del Señor, se presenta discretamente la fiesta del Corazón Divino, del Sagrado Corazón de Jesús. Todo este ciclo se cierra definitivamente en El: en el Corazón del Dios-Hombre. De El también durante todo el año irradia la vida de la Iglesia.

Este Corazón es *f fuente de vida y de santidad*.

Alocución de S. S. Juan Pablo II
Osservatore Romano, 22 junio 1979

LA EUCARISTIA SIGNO DE GRATITUD DE LO CREADO

Amadísimos hermanos y hermanas:

Serán breves mis palabras. Háblenos a todos la fiesta misma, la Eucaristía misma en la plenitud de su expresión litúrgica.

He aquí que estamos para celebrar en la Basílica de San Juan de Letrán, en la cátedra del Obispo de Roma, el Santísimo Sacrificio, para proceder después a la procesión hasta la Basílica de Santa María la Mayor sobre el Esquilino.

De este modo queremos poner juntos, en un solo acto litúrgico, el culto del Sacrificio y el culto de la adoración así como lo exigen de nosotros la solemnidad de hoy y la tradición secular de la Iglesia.

Deseamos anunciar a la Ciudad y al mundo la Eucaristía, o sea la Gratitud. Este Sacramento es el signo de la gratitud de todo lo creado por la visita del Creador. Este Sacramento es el signo de la gratitud del hombre porque el Creador ha venido a ser criatura; porque Dios ha venido a ser Hombre; porque ha tomado el cuerpo humano» de la Generadora Virgen Inmaculada» para elevarnos de nuevo a nosotros los hombres; para hacer de nosotros hijos de Dios.

Deseamos pues anunciar y cantar con la boca, y aun más, confesar con nuestro corazón humano, la Gratitud por el Sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Dios, con el cual El nutre nuestras almas y renueva nuestros corazones humanos.

Deseamos pues anunciar a la Ciudad y al mundo la Eucaristía como el signo de Alianza, que Dios ha llevado a cabo irreversiblemente con el hombre mediante el Cuerpo y la Sangre de Su Hijo.

Este Cuerpo ha estado expuesto a la pasión y a la muerte. Ha compartido la suerte terrenal del hombre después del pecado original. Esta Sangre ha sido derramada para sellar la nueva Alianza de Dios con el hombre; la alianza de gra-

cia y de amor; la alianza de santidad y de verdad. Nosotros somos partícipes de esta Alianza aún más que el Pueblo de Dios de la Antigua Ley. Hoy queremos pues dar un testimonio ante todos los hombres.

Pues por todos los hombres Dios se hizo hombre. Por todos Cristo ha muerto y resucitado. Todos, en fin, han sido llamados al Banquete de la eternidad. He aquí sobre la tierra al Señor que invita a cada uno diciendo: «¡Tomad y comed... tomad y bebed!»... para no quedaros en el camino!

En fin, deseamos a la Ciudad y al Mundo anunciar la Eucaristía como Signo de la adoración debida a Dios solo. ¡Cuán admirable es nuestro Dios! Aquel que ninguna inteligencia tiene capacidad de abrazar y adorar en la medida de su Santidad. Aquel que ningún corazón tiene capacidad de amar a medida de Su amor.

¡Cuán admirable es cuando quiere que le abracemos, lo amemos y lo adoremos según la dimensión humana de nuestra fe, bajo las especies del *Pan y del Vino!*

Acepta, Cristo Eucarístico esta expresión de la adoración y del amor, que la Iglesia te rinde mediante el *ministerio del Obispo de Roma* sucesor de Pedro, Seas adorado por la memoria de todos mis Predecesores que te han adorado ante los ojos de la Ciudad y del Mundo.

Al fin de la liturgia de hoy recibe de nuestras manos en tu sagrado Templo la Salve, ¡oh verdadero Cuerpo nacido de la Virgen María, que verdaderamente ha padecido y ha sido inmolado sobre la cruz por la humanidad; Sea de nosotros pregonado cuando llegará la prueba de la muerte!

Alocución del Papa
Observatore Romano, 19 junio



EL EVANGELIO ES EL CORAZON DE JESUS ABIERTO

«He aquí este Cerro de los Angeles, con la imagen del corazón de Jesús, hablando del amor de Cristo. — ¿Es que ya va a llegar nuestro respeto humano a no hablar precisamente de este Misterio? — Pero, entonces, ¿cómo podremos hablar del Evangelio? — ¡Si todo el Evangelio no es más que el Corazón de Jesús, abierto en las páginas de su vida, y ofreciendo a los hombres el tesoro de su Redención!

»¿Qué tiene de particular que una Nación, que quiere ser fiel, levante a ese Corazón de Jesús, en un momento dado de su historia, una estatua que pueda ser vista desde todo el País, al menos en cuanto pueda aparecer en el centro geográfico del mismo; y le diga: Te consagramos nuestras vidas; las virtudes que de Ti hemos recibido, para mantenerlas; los propósitos buenos, para que Tú los bendigas; y ya que no podemos consagrarte

nuestros defectos, pero los ponemos a tus pies para corregirnos y para que seamos purificados de ellos? — ¿Qué hay de particular en todo esto, si pertenece a la entraña más íntima de las exigencias religiosas del corazón humano?

»No ha sido solamente España la que se consagró al Corazón de Jesús. Muchos países de Europa y de América lo han hecho; y donde quiera que se levanta una conciencia cristiana, rectamente iluminada, se levanta potencialmente un Altar para la consagración, y una Imagen para la adoración.

»Nadie puede conocer el porvenir de nuestra Nación. Pero será, en gran parte, lo que queramos que sea todos cuantos amamos a Dios y a nuestra Patria.

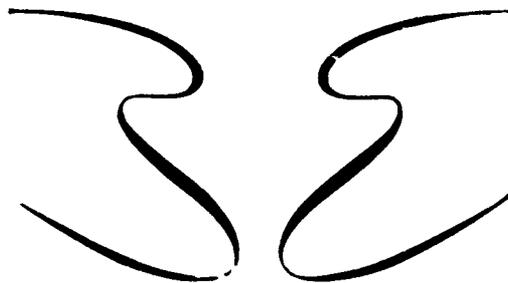
»Necesitamos volver a las fuentes más puras; y otra vez hacer que nuestras calles, las de nuestras ciudades y las de nuestros pueblos, respiren la paz de las conciencias, como exigencia anterior para la convivencia de la paz social.

»Necesitamos que el sentido religioso no se extinga; que no desaparezca de nuestras familias. Ha de haber manifestaciones públicas también; y no por triunfalismos exterioristas; sino, sencillamente,

para reconocer en justicia el triunfo al que Cristo tiene derecho. Estas manifestaciones públicas responderán a la interioridad sincera y a las conciencias privadas; pero si es sincera la conciencia del hombre, desde el momento en que se une un hombre con los demás, forman sociedad, y expresan conjuntamente lo que privadamente sentía cada uno. Al expresarlo, aparece ya la pública manifestación de una fe colectiva; la cual no es un condicionamiento sociológico, que entorpezca y paralice los compromisos interiores de nuestra adhesión a Cristo, sino una ayuda y una defensa, perfectamente legítima, dentro del modo de ser de un Pueblo o de una Nación.

»Necesitamos que en cualquier ciudad y pueblo de nuestra Patria, volvamos a encontrar con gozo, y sin ninguna clase de agresividades, sencillamente, con la alegría de saber que ello complace a Dios, ese conjunto de realidades y de expresiones religiosas, que han pertenecido en esa forma a la esencia de la vida nacional española, en tantas y tantas ocasiones de nuestra historia.»

(Del discurso del Señor Cardenal-Arzbispo de Toledo, Dr. D. Marcelo González Martín, en el Cerro de los Angeles, el día 19 de mayo de 1974, al celebrarse la solemnidad del 50.º aniversario de la fundación del Convento de Carmelitas Descalzas.)



Barcelona, Tarragona, Gerona, Tortosa y Solsona al Tibidabo, el 6 de Mayo para celebrar la Asamblea del Apostolado de la Oración (1979)

Más que otros años fue numerosa la concurrencia de autocares, por cuanto tuvimos el consuelo de reunirnos CINCO DIOCESIS. Algunas poblaciones: *Berga*, *Villafranca*, también en autocares, más la Parroquia de *Sta. María de Sants*, de la Ciudad. La concurrencia de Barcelona fue más numerosa que otros años. Demos gracias a Dios por este nuevo impulso.

Puntualmente empezó la Santa Misa. En la homilía *Mn. Carrera* recordó que volvía a coincidir la Jornada con la fiesta del Buen Pastor, y esto le dio lugar a relacionarlo con el feliz encuentro con el Papa Juan Pablo II, puesto que venía de Roma por la Beatificación del P. Francisco Coll. El Papa se da —dijo— y con su actitud de entrega da al mundo un testimonio de santidad, y hace pensar en el Buen Pastor.

El excesivo apego a lo material —añadió— nos dificulta el acercamiento a Dios. Falta cristianismo auténtico, a lo Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. El Papa nos decía: falta la campaña del apóstol. ¡Jóvenes, a hacer campaña vocacional! *Mientras vosotros decís: «Viva el Papa», yo digo: Cristo, Cristo, Cristo.*

Religiosos y seglares santos, santas; lo pide el Papa, al estilo del Buen Pastor. En la ceremonia de la Beatificación —casi tres horas— el Papa estuvo dándonos su sonrisa de donación. Los Pastores de la Iglesia lo comentaban: *El Papa se da, da al mundo testimonio de santidad.*

Terminó como siempre con referencia a *María*, que *ha sido fiel desde la Encarnación hasta el Calvario*. Pidamos vocaciones por medio de *María*. Imitemos al Buen Pastor, y pidámosle que vele por nuestra Cataluña y nuestra España. Amén.

Convertido el Templo en sala de conferencias, se situaron los *Oradores y Directores presididos por el P. Luis M.^a Mendizábal, S. I., Director Nacional del A. O.*

Inició la Asamblea el P. Puig, dando noticias de interés sobre directrices de la Dirección General, así como de la Dirección Nacional y de nuestra Diócesis. Especialmente destacó la labor que algunos Celadores hacen visitando distintos Centros para incrementar la Asociación dándoles a conocer su importancia en cuánta estima la tienen los Papas.

Le siguió el Dr. Canals, con estas sencillas pala-

bras: «Seré breve, a modo de sugerencias». Ya estamos acostumbrados a plantearnos ciertos temas de actualidad, porque una de las tentaciones de nuestro tiempo es que constantemente surgen una serie de objeciones: ¿Se puede dar culto eucarístico en las Asociaciones? ¿Se puede hacer Procesiones de Corpus? ¿Puede mantenerse la indisolubilidad del matrimonio? ¿Se puede seguir creyendo en la Santísima Trinidad?, etc.

Los argumentos del ateísmo organizado son los de siempre. Uno de los argumentos es que la idea de Dios es una cosa de otros tiempos, que esto está superado. Por esta razón nosotros hemos de plantearnos cuál es la «ACTUALIDAD DE LA IDEA DE CRISTO REY».

Unas sugerencias podrán alentarnos y hacer comprender mejor la mente de la Iglesia y la situación contemporánea. Decir que porque el mundo está secularizado o porque hay mucho ateísmo en el mundo, que esto cancela la Realeza de Cristo y la necesidad de servir a Cristo como Rey, sería suponer que en nuestro mundo la naturaleza humana ha dejado de tener necesidad de la gracia de Cristo. Si el Reino de Cristo, tal como está en el Magisterio tradicional, supone y restaura el orden mismo de la naturaleza y la humanidad, debemos preguntarnos si este mundo sigue necesitando de la gracia de Dios precisamente para su propia felicidad humana y natural, para su misma esperanza, e incluso de las cosas terrenas, sociales, económicas, etc.

En la Escritura se dice: «Mi Reino no es de este mundo». ¿Qué quiere decir *este mundo* en el Evangelio de S. Juan? De este mundo se dice: que el príncipe de este mundo es Satanás; que vosotros no sois de este mundo; que el mundo no le conoció. Y de una manera muy misteriosa de este mundo se dice que Dios no ha venido a juzgarlo, sino a salvarlo. Se dice que Dios le ha amado tanto que ha dado a su Hijo para redimirnos.

Nuestro tiempo —decía P. Orlandis en un artículo de Cristiandad— es el momento de la más adecuación en toda la historia del mundo para que la humanidad comprenda el ideal del Reino de Cristo sobre este mundo porque se encuentra en una situación providencialmente permitida y dispuesta por

Dios, en la cual sólo en la aceptación del Reinado del Amor de Cristo puede encontrar la solución a los más urgentes problemas, incluso del orden natural.

El hombre, si pudiese vivir tranquilo, sin problemas psicológicos, familiares..., sin soledad, sin frialdad, sin odio, etc., por sus propias fuerzas naturales, y sólo necesitase de la gracia para ir a la Vida Eterna, sería muchísimo más difícil que nos dispusiésemos a recibir el don divinizante. El hombre ha sido creado para ser hijo de Dios y Dios permitió para el bien de la humanidad que quedase también frustrado como hombre. Esta misteriosa miseria de la humanidad es una llamada constante en que el corazón humano está inquieto y no descansa hasta gozar en Dios. En nuestro tiempo esta inquietud se manifiesta aún más.

En la 1.^a página del Génesis se dice: Dominad la tierra... Pero al ejercer este poder del dominio el hombre se autodivina y desprecia el poder de Dios. Cuanto más se cree que ha llegado a la omnipotencia, se encuentra con todos los caminos cerrados... y esto conduce al hombre a no tener otro remedio que acudir al Reino de Cristo.

Dios, de la nada, crea por amor. Es el precepto 1.º: AMAR A DIOS, que no quiere decir que nosotros tomemos la iniciativa, sino que Dios nos ama. Y si el hombre quiere hacer que el amor a los hombres salga de sí mismo, ignorando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, está haciendo lo más satánico que se puede hacer, y precisamente desde su propio cerrarse en sí mismo por no tener que recibirlo de lo Alto... Y si el hombre se niega a ser amado, es incapaz de amar, esto incluso en el plano natural.

El hombre necesita amor, dice Juan Pablo II. El Amor procede de Dios. Hemos creído en el Amor. Dios nos ha amado con corazón de hombre. La Redención del mundo es un misterio del Amor.

Continuó Mn. Jordi Carrera, con su clásico estilo misionero, capaz de entusiasmar a las masas.

En nombre propio y de la Asamblea, agradece la asistencia al P. Mendizábal, y los directores, de acuerdo, señalan fecha para el próximo 1980, el 2.º domingo de mayo.

Inicia su disertación enlazándola con la del señor Canals. La Redención —dice— es la recreación; creo que hemos de hacerlo al estilo del Buen Pastor. A veces nos parece que todos nos atacan; es un examen de conciencia para ver si los católicos vivimos como debemos. En su libro el P. Puig trata de esto. Hemos de ser católicos —católicos—; *si somos del estilo del Buen Pastor y con María al lado, España será nuestra, y lo será nuestra querida Cataluña*. Lo dice con tal entusiasmo, que aclara: El Señor es el que me pone esta efervescencia con que hablo. Oí a un líder de ideas contrarias que hablaba con fuego: no tengas reparo de hablar de Cristo con fuego, me dije pero de Espíritu Santo.

LOS DERECHOS DEL HOMBRE SE RESPETAN CUANDO SE RESPETEN LOS DERECHOS DE DIOS. El Papa Juan Pablo II lo dice en la «Redemptor Hominis» (n.º 17). Derechos del hombre. ¿Letra o espíritu? Se habla mucho de los derechos del hombre, pero yo no veo que se cumplan. Hay letra, pero falta el espíritu de estos derechos, que al fin y al

cabo son los Derechos Divinos. Ven, bendito de mi Padre, porque tuve sed y me diste de beber, estaba desnudo y me vestiste... Siempre que lo hiciste a uno de mis pequeños, a mí lo hiciste... (Mat. 25). Falta ponerse en el Corazón que tanto nos ha amado, hasta la Cruz, que considera hecho a El lo que se hace al hombre.

Que la Madre de Dios nos trasplante el corazón, y con este Corazón del Buen Pastor dispuesto a entregar la vida, España será nuestra. Y termina: «*a nou ser, nou riure, i a nou riure, nou viure*».

Mon. Jordi tiene costumbre de mezclar el catalán y el castellano, para darse a todos. Hemos respetado su frase final subrayada —con mucho sentido—, por cuanto su traducción, que añadimos, no rima. Dice así: «A nuevo ser, nuevo gozo, y a nuevo gozo nueva vida».

El Dr. Altés, Director Diocesano del A. O. de Tortosa, disertó sobre un tema que nunca es demasiado comentado y profundizado por los Asociados del A. O.

Escogí un tema —dice— de todos conocido aunque nunca bastante vivido: LA REPARACION. Una circunstancia especial ha intervenido en la elección: El Centro Diocesano del A. de la O. de Tortosa radica en un templo llamado de la Reparación, donde diariamente se expone el Santísimo Sacramento, se celebra con Exposición Solemne el Primer Viernes, Novena al Sdo. Corazón de Jesús, y en sus dependencias se reúnen los Celadores, y todos los días antes de la Bendición se reza el Ofrecimiento del A. de la O.

Lo fundó en 1903 Monseñor Domingo Sol. En 1874 fundó el Apostolado de la Oración en Tortosa y lo extendió a todas las parroquias de la Diócesis.

Es el espíritu de reparación la compensación debida a la gloria de Dios, arrebatada por el pecado. Todos somos piedras vivas de la Iglesia, amenazadas por estas fisuras del pecado. Debemos sentir celo por la gloria de Dios. Hay almas que captan con mayor profundidad y constancia la raíz del mal, almas que intuyen que hay que dar amor por amor. Pío XI en la «Miserentissimus Redemptor» nos da el remedio, que es la reparación contra la ingratitude al Amor.

El pecado es la epidemia actual con nuevas manifestaciones (Vaticano II). El Papa Juan Pablo nos da a conocer la raíz de nuestros males, y nos dice: «*Hay que devolver a Cristo amor por amor*» («Redemptor hominis», n.º 20). Jesús es el único Redentor del hombre y nuestras redenciones humanas, egoísticamente ofuscadas, están fallando; *el pecado pierde a los hombres; la penitencia, la santidad y la oración, los salvan*.

El mismo Dios nos da su liberación. Jesús vino al mundo para reparar la obra divina destrozada y para expiar desde el Pesebre hasta el Gólgota. «*He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad...*» Jesús es el verdadero médico de la humanidad que descubrió la raíz del mal y dio la terapéutica adecuada. La Iglesia ofrece la Víctima por nuestros pecados... en cada una de las Misas..., puesto que una misma es la Hostia que ahora se ofrece por el ministerio del Sacerdote, y es el mismo que se ofreció

en la Cruz, Juan Pablo II dice también: *La Reparación de Cristo se renueva continuamente en la Iglesia por medio de los Sacramentos*. En una homilía antigua se dice a los neófitos: Nosotros no hemos muerto, no nos han sepultado, no nos han crucificado y no hemos resucitado, pero hemos imitado todo esto sacramentalmente y en su realidad espiritual actual hemos encontrado la salvación.

Por esto suplicamos que el Señor nos transforme en víctima viva para su agrado. *El A. de la O. ha sido llamado a suscitar una legión de almas que se presten a reparar, con la consagración y el ofrecimiento*. Nuestro «ofrecimiento» del trabajo, alegremente vivido cuando tantos lo toman como cosa indeseable. *Todo esto ofrecido en el Santo Sacrificio del Altar para reparar nuestros pecados y los de todo el mundo*.

Como veis, nuestra pertenencia al A. de la O. importa una vida de entrega al Señor y a la Iglesia, marcada por este tinte especial de la Reparación.

Si así lo hacemos, si así lo damos a entender a todos los Asociados, y de este modo lo difundimos entre las muchas almas de buena voluntad, podemos estar seguros de que el A. de la O. va a ser en los tiempos presentes la esperanza y la renovación de la Iglesia. Una fuerza nueva que en este nuevo Pentecostés, que parece vislumbrarse en la Iglesia, en el mundo, contribuirá al resurgimiento maravilloso del Reino de Dios que todos anhelamos.

Con la colaboración y mediación de María, por las Intenciones que propone el Papa que conoce las necesidades perentorias del mundo entero.

El P. Mendizábal, en atención a que iba pasando el tiempo, se limitó a pocas palabras, demostrando su gratitud y edificación por la numerosa asistencia.

Es tarde —comenzó diciendo—, va pasando el tiempo y hay que respetar los derechos de la persona humana.

Voy a decir dos palabras de agradecimiento por haberme invitado a venir. Es el segundo año que vengo y creo que va mejorando de año en año. He aceptado también la invitación para venir el año que viene, con toda el alma. Esta Asamblea creo que tiene un porvenir extraordinario porque el momento actual de la Iglesia se está abriendo a esto de una manera impresionante.

Elementos nuevos han sucedido desde hace un año. Primero el Papa, Papa nuevo; la «Redemptor Hóminis» —merece la dedicación a ella con unos estudios profundos—; espero que se irán haciendo. Pero tengo que añadir más. En el próximo número de «Reino de Cristo» va a aparecer una carta que ha escrito Mons. Caprio al Director Nacional de Italia, el 14 de marzo, preciosa, sobre el A. de la O.

Las ideas principales de esa carta son las siguientes: 1.º Consuelo grande del Papa de ver que la Asociación del Apostolado prospera. Consuelo grande ver que es provechosa para los Obispos, para las Diócesis, para la Iglesia. Insistencia en la devoción al Corazón de Jesús. Los Socios del Apostolado —dice— veneran el Amor de Cristo bajo el signo o símbolo de su Corazón, y cita las palabras de la «Haurietis Aquas», que simboliza el Amor divino, humano, sensible, en el Corazón de Cristo.

Luego el Papa habla de que es un ministerio selecto, al cual deben pertenecer todos los cristianos, por ed. Bautismo y la Confirmación. Muy conforme al Concilio Vaticano II y al momento actual de la Iglesia. E indicando su contenido en el Ofrecimiento del vivir diario, trabajos, alegrías, etc., por las Intenciones generales y misionales del Vicario de Cristo.

Y dice: **POR LO TANTO, EXHORTAMOS A LOS CELADORES Y CELADORAS DEL A. DE LA O. A QUE NO SE DESANIMEN Y QUE SE SIENTAN FIRMES POR LA SEGURIDAD DE QUE AL PROMOVER EL APOSTOLADO HACEN COSA GRATA A DIOS, PRECIOSA PARA LA IGLESIA Y PARTICULARMENTE GRATA AL PAPA.**

2.º Aspecto. Los Jóvenes por el Reino de Cristo. Surgió en Valladolid, en un Congreso de unos 300 jóvenes vibrantes, de movimientos inspirados en la espiritualidad del A. de la O. Y han llegado a la conclusión de que quieren constituirse como Sección Nacional del A. de la O.

3.º Novedad. Las próximas concentraciones de Sevilla, de los jóvenes; de Madrid, el día 3 de junio, para la renovación de la Consagración del pueblo de España al Corazón de Jesús. Y una última indicación, del mes de octubre. Hemos convocado el Congreso Nacional del A. de la O. y el Congreso de Jóvenes, en Zaragoza. Y tratándose del Año Mariano del Pilar y de la venida del Papa, que parece que sí —que es secreta, pero que es verdadera—, Zaragoza será imposible. El tema será: «La Virgen en el A. de la O.», en todos sus aspectos.

Y con esto sugerir que los Directores Diocesanos de Cataluña tuvieran alguna Reunión para decidir, quizá para preparar esta Asamblea, y yo vendría con sumo gusto también a la Reunión. Claro y convincente, como de costumbre, fue muy aplaudido.

Como siempre, el *Dr. Muñoz, Director Diocesano de Barcelona*, resumió las distintas disertaciones de los conferenciantes, y empieza con estas palabras: Dice el Programa que yo clausuraré el Acto. Clausurar es cerrar. *No sombos gente cerrada*, también el A. de la O. es de *gente abierta*. Nuestros Actos siempre tienen una celebración y la Eucaristía como acto principal de esta Asamblea.

Celebrar quiere decir dos cosas: mirar hacia atrás y entonces celebrar lo que hemos vivido. Pero también mirar hacia delante. De modo que la clausura de nuestros Actos siempre son un espaldarazo para continuar o para ir siguiendo.

Como el P. Mendizábal nos ha dicho tres cosas que abren el corazón a una esperanza, y aún yo diría a una realidad, es fácil mirar hacia el futuro inmediato. Una clausura, un acto así es también abrir un nuevo curso, un nuevo año, en el que haremos de hacer dos cosas: 1.º, la de siempre; 2.º, lo propio, que son los Actos como Campañas. Pero el Papa nos ha hecho aumentar la confianza en eso de siempre.

El P. Mendizábal ha dicho muy bien: La Consagración del pueblo. Si no consagramos nosotros no hay consagración al C. de Jesús, porque no se trata de una oficialidad, sino de una realidad viviente. Ahora tenemos que expresarlo nosotros mismos. Tiene que ser clamoroso porque si no, no hay consagración del pueblo.

Hay que hacer que aquella consagración se viva hoy en nuestros corazones, y a través de nosotros, por la difusión del contenido de esta consagración, apoyándonos en el Papa con más confianza, pero también con nuestra vida. Consagrarse quiere decir poner toda nuestra vida en orientación hacia esa respuesta de amor a Jesucristo. ¿Pienso yo con el pensamiento de Jesucristo? ¿Obro yo de acuerdo con las obras y los mandamientos de Jesucristo? ¿Sobre todo con el Mandamiento del Amor?, etc. Esta es la vivencia de la Consagración de Jesús. Siempre impregnado de amor hasta el sacrificio, hasta dar la vida, porque el amor es reparador y la reparación se expresan también con el sacrificio.

Para que la consagración la hagan todos, nosotros tenemos que llevar en la Consagración nuestra relación con los demás y comprometerse a llevar a sus vidas y hacerles sentir esa respuesta de amor.

Por María a Jesús y también por Jesús a María. Este año va así, puesto que primero será junio y después en octubre iremos a tratar de María y el A. de la O. y de María y la Iglesia, que es el Tema del Congreso Mariano, de Zaragoza.

Y esto es cerrar. Yo creo que es más abrir que cerrar. Vamos a ser gente joven. Estos jóvenes que vendrán detrás de nosotros, que no nos encuentren con la cara arrugada, sino joven, renovada, que está diciéndoles: mira, mis piernas no corren como las tuyas, pero mi corazón está 20 km. delante de ti; y estos jóvenes que sienten gran velocidad van a correr para ponerse a nuestro paso, al paso de la Iglesia. Ni más de prisa ni más despacio. El Señor corre y quiere que corramos con El, y por eso a estos jóvenes les damos las gracias porque nos están recordando esto.

Adelante, miembros, Socios del Apostolado de la Oración.

Con entusiasmo se cantó el himno del Apostolado y seguidamente cada uno, según su conveniencia, se dispersó para la comida. Lucía un sol mediocre que permitía comer al aire libre, cosa que muchos aprovecharon para disfrutar de todo lo bueno que encierra la cumbre del Tibidabo.

A las 4'15, en la Sala de la escalinata del Templo, el P. Mendizábal nos obsequió con la magnífica proyección de una película sobre la historia de la Devoción al Corazón de Jesús. Lástima que, por lo reducido del local, muchos peregrinos se quedaron sin poderla ver. Todos salían entusiasmados.

A continuación, en el Templo, después del Rosario glosado y del «mes de María», se expuso el Santísimo y el P. Gabernet nos enfervorizó con su *Sermón*.

Estamos delante de Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre Inmaculada. Con nuestro oído podemos oír las directrices de nuestra Santa Madre Iglesia. Nos habla de Jesús y nos lo presenta y hace que Jesús se presente como Buen Pastor, Cordero de Dios. Y ¿qué nos dice este Pastor? Lo primero que

nos dice es: que da la vida por las ovejas, y *El no sólo da la vida, sino que da vida también a las ovejas*. Como Redentor de la vida por nosotros, consecuente con lo que dice el Padre; no es de aquellos que dicen y no hacen. Jesús Pastor cuida de que el Espíritu esté vivo en nuestras almas; y quiere que seamos cristianos con corazón, porque, así como nuestro Pastor tiene Corazón, corazón físico, psicológico, Corazón con alma, que esto significa la persona de Nuestro Señor Jesucristo, también nosotros, ovejas de este Pastor, que es Jesús, debemos ser cristianos y aparecer como tales.

Sigue desarrollando distintos aspectos sobre la misma idea, y dice: El Corazón de Jesús es la persona del Señor que me está mostrando ese Corazón palpitante que es toda su alma. Y el que recibe en su corazón el alma palpitante de Nuestro Señor Jesucristo, ¿cómo puede ser que no se esfuerce en comunicarlo a los demás, en vivir del dinamismo eclesial a las órdenes de este Pastor?

Este Pastor ha dado la vida, pero nos da vida continuamente por los Sacramentos, por las gracias actuales; los Sacramentos causan en nosotros esta presencia del Espíritu Santo..., nos acribillan continuamente de gracias especiales que, si estuviésemos atentos a su «onda», detectaríamos en nuestro corazón. Especialmente nos llama a los del Apostolado de la Oración para que nos entreguemos con nuestras obras diarias.

Recomienda que en este mes de mayo pidamos a María que conserve en la Iglesia y en el Apostolado el aprecio del espíritu y del fervor; que procuremos de año en año ser mejores, porque si el cristiano no tiene espíritu es como un miembro muerto. Pidamos ser gente de espíritu y de oración. Que un miembro del Apostolado sea una persona de espíritu y capaz de transfundirlo a los demás, a esto nos llama. ¿No nos dice el Vaticano II que «todos por el Bautismo participamos en alguna manera del sacerdocio»?

Seamos, pues, verdaderas ovejas del rebaño de Jesús, pero sepamos ayudar a este rebaño de Jesús, ayudarle a El, colaborando a nuestra manera, bajo su seguimiento y la mirada de nuestra Madre Inmaculada, para que sea cada vez más un rebaño vivo y vitalizante en este mundo de 1979.

Que la Virgen Inmaculada nos lo obtenga a todos de nuestro Pastor querido, Nuestro Señor Jesucristo.

Mn. Jordi Carrera renovó el Acto de Consagración al Corazón de Jesús, y seguidamente el P. Mendizábal nos dio la *Bendición con el Santísimo*. Se entonó con entusiasmo el Himno del Tibidabo, con lo que felizmente se dio por terminada la Jornada.

Nos sentimos muy obligados a expresar —a través de este pequeño Boletín— nuestra más sentida gratitud a los PP. Salesianos que superaron múltiples dificultades de horario y de local para coordinar las distintas actividades que en aquel día coincidieron. Pedimos al Corazón de Jesús que sea El su inefable recompensa.

(del Boletín Diocesano del
Apostolado de la Oración
de la Diócesis de Barcelona)

ACTUALIDAD DEL ESPIRITU DE REPARACION

Nos complacemos en reproducir el texto de la conferencia que el doctor Altés, Director Diocesano del A. de la O. de Tortosa pronunció en la Asamblea Interdiocesana del Apostolado de la Oración que tuvo lugar en el Templo del Sagrado Corazón del Tibidabo en el pasado 6 de mayo.

Actualidad del espíritu de reparación

Al aceptar la invitación de dirigiros la palabra en esta Jornada, escogí un tema por todos vosotros bien conocido, pero inagotable y nunca suficientemente vivido: me refiero a la Reparación.

Una circunstancia especial ha intervenido en mi elección: el Centro Diocesano del Apostolado de la Oración de Tortosa radica en un Templo llamado de Reparación, en donde diariamente se expone el Santísimo Sacramento, se han establecido turnos de vela, se celebra con especial solemnidad el Primer Viernes de Mes y la Novena al Corazón de Jesús, y en sus dependencias tienen sus reuniones las Celadoras. Todos los días, antes de la Bendición con el Santísimo se reza el Ofrecimiento del Apostolado de la Oración. Una imagen del Corazón de Jesús preside el ábside del Templo.

Lo fundó en 1903 el Venerable sacerdote tortosino Manuel Domingo y Sol como monumento perenne de amor al Corazón de Jesús. Su celo le había movido a establecer en 1874 el Apostolado de la Oración en Tortosa y desde allí lo extendió a todas las parroquias de la Diócesis y más allá de sus límites, lo cual le valió el título de Apóstol del Corazón de Jesús en España.

El tema es muy amplio, por eso me limitaré a hacer algunas reflexiones sobre lo que podemos llamar el «espíritu de reparación» y acerca de su «actualidad» dentro de la vida de la Iglesia.

Al hablar de «Reparación» entiendo la compensación debido a la gloria de Dios, arrebatada por el pecado y que pide una expiación, aceptada gozosamente como precio por las ofensas inferi-

das al Señor. Es debida a Dios Padre, fuente de todo bien; a Jesucristo nuestro Redentor, que nos ha amado hasta el extremo y no recibe en cambio, de muchos corazones, sino ingratitud y ofensas, y al Espíritu Santo, fuente de vida divina, que fluye en el templo de Dios, que es la Iglesia, del cual somos todos piedras vivas, amenazadas por las fisuras del pecado que impiden la plena acción del Espíritu para que todo el género humano pueda sentarse en el banquete del Reino de los Cielos.

El «espíritu de reparación» es una disposición del alma, fruto de la gracia de Dios, de los dones y carismas del Espíritu que la sensibiliza profundamente para captar cuanto se refiere a los intereses de la gloria de Dios. Todos los cristianos debemos sentir de alguna manera celo por la gloria de Dios y por el advenimiento de su Reino que pedimos en el Padrenuestro; sin embargo, hay almas que captan, sienten y reaccionan con mayor profundidad y constancia, tienen luz para discernir en dónde se halla la raíz del mal y sus diversas aplicaciones y se entregan con todo el ardor de su corazón. Es un matiz especial de la espiritualidad cristiana.

No debe confundirse con un pietismo desencarnado, ni de una visión espiritualista del Reino de Dios, ajena a toda implicación terrena, ni mucho menos con una huida de la lucha diaria, sino todo lo contrario: tal retraimiento esas almas lo considerarían como una traición al Espíritu. Se trata de almas que ven, comprenden, intuyen y sufren por los intereses de Dios cuando otras, con una visión más superficial, no ven ni comprenden. Ponen su acento en el amor de Dios y saben que hay un Dios crucificado que nos ha amado

hasta el extremo y quieren darle amor por amor; se dan cuenta de que hay almas que se pierden para la Jerusalén celestial.

Al referirme a su «actualidad» no quiero afirmar que se trata de algo exclusivo de nuestro tiempo. La Reparación está ligada a la historia del pecado. Para convencerse de ello, basta recorrer las páginas del Antiguo y Nuevo Testamento y de la Historia humana, la espiritualidad de todos los tiempos, los escritos de los Santos Padres, los documentos papales y episcopales, y las revelaciones privadas que han ido apareciendo a través de los siglos.

«Actualidad» quiere decir vigencia, motivación constante de una realidad que subsiste con tintes de una novedad especial, que palpamos, que detectamos y reviste características graves que no pueden dejarnos insensibles e inactivos.

Cuando en 1928, varias naciones atravesaban enormes dificultades para la vida católica, se esperaba ansiosamente un documento pontificio que aclarase la situación y dictase normas para la Iglesia, algunos esperaban orientaciones sociales pontificias, otros especulaban desde otros puntos de vista: El Papa Pío XI nos regaló la preciosa Encíclica «Miserentissimus Redemptor», en la cual se contiene clara, completa y ampliamente manifestado el remedio que podríamos llamar divinamente actual, de la desgracia que afectaba a la Humanidad: la apostasía de Cristo y el remedio de la reparación, porque la conducta arruinadora de las naciones era una ingratitude a su amor y la exigía para derramar sobre nosotros los torrentes de sus misericordias con que disponer su reinado sobre la sociedad.

El pecado es el único mal, la única epidemia que de nuevo nos invade, nos infecta y no acabamos de vencer del todo y que va reapareciendo con nuevas manifestaciones desconocidas y pujantes que con mucha claridad ha detectado el Concilio Vaticano II en sus diversos documentos.

También el Papa Juan-Pablo II ha querido iniciar solemnemente su magisterio universal en la Iglesia con su Primera Encíclica «Redemptor Hominis», en la cual de nuevo va a la raíz de nuestros males y proclama, ante el ateísmo moderno, el materialismo, las guerras, blasfemias, atropellos de toda índole, egoísmos, deserciones en el servicio de Dios, abandonos de la fe, inconsciencia y afán de dinero y de placer, que hay que «devolver a Cristo amor por amor» (n.º 20).

Jesús es el único Redentor del hombre. Nuestras redenciones humanas egoísticamente busca-

das nos están fallando: nuestros bienes terrenos se ven amenazados por el robo y los delitos contra la propiedad; nuestra seguridad personal, por los atentados contra la vida; la tranquilidad, por las continuas convulsiones sociales; nuestro placer, por las profundas disensiones; nuestra velocidad, por las limitaciones que impone la proliferación de los medios de transporte. La lista sería interminable. El pecado pierde a los pueblos. La santidad, la penitencia, la oración, los salva.

Mas como el hombre, por sí mismo, es incapaz de dar a Dios una reparación cumplida, ha sido el mismo Dios quien se ha prestado a reparar al hombre y a realizar El mismo la reparación por medio del hombre. En su profecía Isaías nos promete a su Ungido que ha de venir a «vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad... para consolar a todos los que lloran» (Is. 61, 1-2). Nos promete un Libertador que modifique el mundo actual, que ejerza un poder que salve y libere y que abarque a todo el hombre en su dimensión terrena, social, histórica y que, trascendiendo la historia, lo relacione con el futuro absoluto. Todo esto se realizará parcialmente en nuestra Historia que será a la vez «Historia de Salvación».

En esta liberación y reparación del hombre, glorificador de Dios, no prescinde de las implicaciones terrenas, sino que anuncia la salvación a los pobres, a los que sufren, a los marginados, liberándolos de las apariencias de libertad que constantemente les tientan con sus espejismos. En la Biblia se descubre la línea de las tentativas de Dios para arrancar a los hombres del pecado y de sus funestas consecuencias.

Jesús vino al mundo para reparar la obra divina destrozada, para compensar las injurias inferidas al Padre, para expiar desde el pesebre hasta el Gólgota. Por eso al entrar en este mundo se aplica el oráculo de Isaías: «Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad... Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo» (Heb. 10, 6-10). Y el apóstol Pedro resumirá la Redención llevada a cabo por Cristo diciendo a los cristianos: «Sobre el madero llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados» (1 Pe. 2, 24).

Jesús es el verdadero médico de la Humanidad

que descubrió la raíz del mal y dio la terapéutica adecuada; él mismo se la aplicó y la venció para siempre: nos dio su fuerza, su presencia, su Espíritu. Reparó orando al Padre, sacrificándose, dándose, trabajando y curando.

La Iglesia ofrece ininterrumpidamente la «víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero» (1 J. 2, 2), como dice San Juan. Y lo hace en cada una de las Misas, puesto que «una misma es la Hostia, el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes, es el mismo que se ofreció entonces en la cruz, siendo diversa sólo la manera de ofrecerse» (C. Trid. Sess. 22 c 2). Con estas palabras lo define el Concilio Tridentino. El Papa Juan-Pablo II nos dice también que «La expresión máxima de la oración es el sacrificio, la cumbre de la oración de Jesús es el sacrificio de la cruz, anticipado con la Eucaristía en la última Cena y transmitido a todos los siglos con la Santa Misa (Disc. a los jóvenes, 14-III-79, L'Oss. Rom. 25-III-79, pág. 4). Y en la Encíclica «Redemptor Hominis» (n.º 20) dice: «En este Sacramento se renueva continuamente por voluntad de Cristo el misterio del sacrificio que él hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la cruz». «Participando en la Eucaristía nosotros nos unimos a Cristo terrestre y celestial que intercede por nosotros al Padre, pero nos unimos también por el acto redentor de su sacrificio por medio del cual El nos ha redimido, de tal forma que hemos sido comprados a precio» (Red. Hom. n.º 20).

La reparación de Cristo se renueva continuamente en la Iglesia por medio de los sacramentos. En una homilía antigua (n.º 20) se dice a los neófitos: «Nosotros no hemos muerto, no nos han sepultado, no nos han crucificado y no hemos resucitado, pero hemos imitado todo esto sacramentalmente y en su realidad espiritual hemos encontrado la salvación. Cristo, en cambio, fue realmente crucificado, realmente sepultado y resucitó realmente; todas estas cosas se nos han dado como gracia».

Mas no podemos cruzarnos de brazos. Hemos de dar «amor por amor» y cumplir lo que falta a la pasión de Cristo «en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col. 1, 24). Y esto lo realizaremos cuando «Llevamos siempre en nuestros cuerpos, par todas partes, el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Co. 4, 10). Mas como es una cosa árdua y difícil, por eso suplicamos al Señor en la Santa

Misa que nos transforme en «víctima viva para su alabanza» (Or. Euc. IV).

Nos recuerda Pío XI en su Encíclica sobre la reparación, que «estamos obligados a la reparación y expiación por justicia y amor: por justicia para que la injuria inferida a Dios por nuestros crímenes sea expiada y el orden violado sea restablecido por la penitencia; de amor, para compadecernos con Cristo paciente y saturado de oprobios y ofrecerle algún consuelo en la medida de nuestra poquedad» (6) y que a la consagración «hay que añadir una expiación tal, que con ella sean totalmente destruidos los pecados, para que la santidad de la suprema justicia no rechace nuestra desvergonzada indignidad y aparte con horror de su presencia nuestro presente más bien que lo reciba con gusto» (n.º 6). «Es espíritu de expiación o de reparación ocupó siempre de modo particular el primero y principal lugar en la práctica del culto del Sagrado Corazón de Jesús» (n.º 13). Basta recorrer sus prácticas: la Comunión Reparadora, las Horas Santas, los actos de desagravios, etc.

Al intentar una explicación acerca del modo cómo nuestras reparaciones afectan a Cristo glorioso e impasible en la gloria y a Dios añade que «los crímenes de los hombres en cualquier tiempo perpetrados, hicieron que el Hijo de Dios fuese entregado a la muerte y de suyo darían aun ahora a Cristo la muerte con los mismos dolores» (número 15) San Pablo en carta a los Hebreos, hablando de los que recaen en el pecado, dice que «crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia» (Heb. 6, 6) y añade el Papa que, si en el huerto se entristeció el alma de Jesús, «no hay duda que entonces recibió algún consuelo de nuestra reparación, asimismo prevista» (n.º 15). Además, la pasión expiatoria de Cristo se renueva y en cierto modo se continúa y completa en su cuerpo místico, que es la Iglesia, y «cualquier cosa que padece la cabeza, es menester que la padezcan con ella todos los miembros» (Cf. 1 Co. 12, 26). La forma concreta de llevar a cabo esta reparación dependerá siempre de la condición del propio estado, de las atracciones de la gracia, de las circunstancias providenciales de cada cristiano. El cauce adecuado será siempre la fidelidad a Dios y a la Iglesia y a la propia conciencia que nos va descubriendo que «el mejor uso de la libertad es la caridad que se realiza en la donación y en el servicio» (Red. Hom. n.º 21).

El Apostolado de la Oración está llamado en el

momento presente de la Iglesia a suscitar una legión de almas que se presten a reparar «por Cristo con El y en El» al Dios Uno y Trino. Reparar al Amor de Dios ofendido mediante una entrega generosa «me consagro a tu Corazón y me ofrezco contigo al Padre» —decimos—. El hombre, que ha sido llamado a cantar continuamente las alabanzas del Señor, por sus innumerables beneficios en el orden de la naturaleza y de la gracia, está olvidando por su materialismo y falta de fe ese deber primordial de gratitud; por eso decimos también que nos ofrecemos con nuestra «oración» en nombre y representación de toda la Humanidad. Y además con nuestro «trabajo» ofrecido también generosamente cuando muchos hermanos nuestros están soportándolo desesperadamente como peso abrumador a causa de las difíciles circunstancias con que deben realizarlo o por las injusticias que lo acompañan o el único afán de lucro que lo mueve y lo sostiene, con olvido de los demás.

Nuestros «sufrimientos y alegrías» de cada día quieren ser una gota de agua quizás en medio del inmenso mar de dolor y de las sanas alegrías del hombre de hoy que viene a representarlos todos, quisiera conocerlos, reunirlos, abrazarlos todos para ofrecerlos en nombre de todos los que desesperan, languidecen, mueren, desconocen su valor y lo rehúyen como el único mal de la Humanidad.

Y todo ello «en el santo sacrificio del altar», en donde se continúa la pasión de Cristo que asume como Cabeza todas las vibraciones de su Cuerpo. La Misa diaria adquiere un nuevo valor para nosotros: vamos con las manos llenas de dones, con la ofrenda de todos nuestros hermanos y con nuestras propias cruces generosamente aceptadas, como ejercicio de nuestro «sacerdocio real».

Lo hacemos con el fin de reparar por nuestros propios pecados y los pecados de todo el mundo, convencidos de que, si cuanto podemos ofrecer los hombres no tiene gran valor, todo unido a los infinitos merecimientos del Corazón de Jesús, basta para satisfacer cumplidamente a Dios. Pero no nos quedamos en el aspecto negativo de nuestra redención, sino que suspiramos constantemente para que venga a nosotros su reino, como Jesús encargó a los apóstoles al enseñarles a orar. No puede quedar desoída la súplica de millones de

corazones que constantemente están pidiendo la llegada de este Reino de Dios que ha venido ya, que está viniendo y que vendrá, sin duda, de un modo completo y definitivo al fin de los tiempos.

No podía faltar la mediación del Inmaculado Corazón de María, la gran reparadora de la gloria de Dios, que recoge nuestra entrega diaria y la une a su intercesión valiosísima y a la de su Hijo.

Las intenciones especiales del Apostolado de la Oración tienen también un sentido reparador: el Papa, los Obispos, los párrocos tienen una luz especial del Espíritu Santo para descubrir las grandes necesidades de la Iglesia, las fisuras, deficiencias, lagunas y ruinas que conviene reparar. Ha de ser sumamente consolador para ellos el conocer y palpar que cuentan con un ejército de cristianos que, con las manos levantadas hacia Dios, están constantemente suplicando por sus intenciones.

Como veis: nuestra pertenencia al Apostolado de la Oración no puede reducirse a la recitación diaria más o menos ferviente de la fórmula establecida, o a la práctica de los tradicionales actos de piedad, sino que importa una vida de entrega al Señor y a la Iglesia marcada con ese tinte especial de la Reparación.

Ante la deserción de muchos hermanos nuestros, es necesario oponer una numerosa legión de almas decididas a luchar por el Reino de Dios, hasta la última gota de su sangre con Cristo y con la Iglesia. Si así lo hacemos, si así lo damos a entender a todos los asociados y de este modo lo difundimos entre las muchas almas de buena voluntad, podemos estar seguros de que el Apostolado de la Oración va a ser en los tiempos presentes de esperanza y de renovación de la Iglesia una fuerza poderosa que, dentro del nuevo Pentecostés que parece vislumbrarse en la Iglesia y en el mundo, contribuirá poderosamente al resurgimiento maravilloso del Reino de Dios que anhelamos. Entonces será una realidad la aspiración del Concilio Vaticano II, cuando desea que «todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios, han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (Rom. 12, 1); han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y, a quien se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (Cf. 1 Pe. 3, 15)» (Lumen Gentium, 10).

PARAY-LE-MONIAL

Y LAS IMPRESIONES DE UN PEREGRINO

NARCISO TORRES RIERA

Visitar el pueblo francés de Paray-le-Monial para un católico no es un hecho anodino. Allí Santa Margarita María de Alacoque tuvo las revelaciones de Paray significan «la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias de santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un ESPECIAL culto y devoción, que se tenga y se tribute a su Corazón de hombre y a su Corazón de Dios; es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitud y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con olvido, desvíos, menosprecios e injurias, y no quieren recibir los beneficios y gracias, que El anhela concederles; pero además es una verdadera profecía de que El REINARA en el mundo a pesar de sus enemigos y esto porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su Amor» (P. Ramón Orlandis, S. J., *Pensamientos y Ocurrencias*, Cristiandad, n.º 269, pág. 200).

Estuvimos allí con el ánimo y firme propósito de revivir el pasado vivo a través de aquellos lugares santos. Santa Margarita María tuvo sus principales revelaciones entre los años 1673-1675 en el convento de las Religiosas de la Visitación. De ella conservamos numerosas cartas, consejos, su propia autobiografía, etc.

El visitante de Paray puede comprobar al llegar que se trata de un pequeño pueblo de agricultores y ganaderos: sin ruidos, sin bullicio, sin pompas y con poca gente por sus calles.

Lo primero que hicimos al llegar a Paray fue ir a visitar la Capilla de las apariciones, adjunta a dicho convento de la Visitación. La Capilla es pequeña, sencilla, casi diríamos insignificante, donde un transeúnte no muy atento puede muy

bien pasar inadvertida la entrada si no fuera por un pequeño cartel que la anuncia.

Entramos dentro, no sin emoción, y vimos allí una capilla no muy alta, estrecha, en cuyo fondo se alza un altar sobre el cual el Sagrado Corazón de Jesús se le aparecía a Santa Margarita, quien estaba situada detrás de unas rejas que están al fondo a mano derecha. Un mural situado detrás del altar recuerda cómo se apareció nuestro Señor a Santa Margarita, a saber: los brazos extendidos en forma de cruz mostrando las cinco llagas y en el pecho su sagrado Corazón; la figura de Jesús está inclinada mirando hacia Santa Margarita, quien absorta, de rodillas y brazos en cruz contempla a Jesús, quien aparece entre bolas de fuego, que lo rodean por la parte anterior.

Un poco antes de llegar al altar a mano derecha hay una pequeña capillita sobre cuyo altar están los restos de Santa Margarita, de los que se conservan sólo algunos huesos, ya que sus restos mortales sufrieron la persecución de varias revoluciones, que como siempre sólo viven por el odio hacia la Iglesia Católica. Se puede contemplar a través de la vitrina de cristal la figura compuesta con cera de Santa Margarita, quien por lo visto era de baja estatura. Encima de la vitrina hay un mural que representa un corazón radiante rodeado de una corona de espinas, y en la parte superior esculpido en el mármol se puede leer «JE TE CONSTITUE HERITIERE DE MON COEUR».

Al salir de allí tuve la impresión de que Dios gusta de las cosas pequeñas, sencillas y humildes, pues se sirve de las cosas más insignificantes, la de una monja enfermiza, para depositar en ella nada menos que «la herencia de su corazón». Me sentí también fortalecido, pues vi que para acercarme más al reino de Dios debía ser pequeñito y sin pretensiones de hacer grandes

cosas, y que sólo bastaba el corresponder a este Amor que el Sagrado Corazón de Jesús tiene para cada uno de nosotros.

Oímos misa en la capilla de las apariciones y por la tarde rezamos el rosario con la exposición del Santísimo. Nuestra visita coincidió con una peregrinación de 700 personas del departamento francés de Ain, por lo que fue un día con numerosa presencia de peregrinos que continuamente visitaban la capilla de las apariciones.

No muy lejos de ella y junto a un pequeño hospital está situada una iglesia donde descansan los restos del jesuita Padre Beato de la Colombière, quien fue durante algún tiempo el confesor de Santa Margarita María. Los restos de este Santo y mártir, que tanto sufrió en Inglaterra perseguido y encarcelado por el simple hecho de decir misa y administrar los sacramentos a los católicos acusados bajo la supuesta «conju-

ración papista» (pretexto para hacer una terrible persecución religiosa), están situados justo a la entrada de la iglesia a la derecha. Dentro de la vitrina se pueden observar los pocos huesos que también quedan de él y que se reducen a la cabeza y a dos huesos de las piernas.

A la mañana del día siguiente oímos misa en la capilla de las apariciones y fuimos a despedirnos de la Hermana portera con la que habíamos trobado amistad. Ella se puso muy contenta y tras desearnos un feliz regreso a España nos dijo: «Que le Sacre Coeur soit avec vous».

¡Qué gran ceguera!, pensé, la de aquellos que dan por liquidado el Reino de Dios, cuando de cada día más aumenta por todo el mundo el amor hacia Dios representado realmente en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que es sin duda el legado más actual y necesario que debe guiar las acciones del cristiano.



La Obra del Corazón de Jesucristo

El Corazón de Jesús y la Virgen

El Corazón de Jesucristo fue formado por el Espíritu Santo en las purísimas entrañas de la Virgen (Mt. 1,20; Lc. 1,35). Ella fue, pues, la madre del Corazón de Jesús. Madre llena de gracia (Lc. 1,28) y de fe (V. Lc. 1,45), que consagró su vida al misterio de Cristo (V. Ic. 1,38), en el que meditaba su corazón (V. Lc. 2,19; 2,51). Ella fue, sin duda, la que mejor comprendió y la que más cerca estuvo del Corazón de Jesús en su vida, en su muerte y en su resurrección.

Pero también ahora María por su maternidad espiritual con todos nosotros, hermanos del que Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8,29) —como dice el Concilio Vaticano II, LG 63—, es la madre que con su amor materno coopera a que seamos engendrados y educados en el misterio de Cristo, que es el misterio del Corazón de Jesús. Ella es, por tanto, la madre que nos engendra en la devoción al Corazón de Jesucristo.

No es, pues, extraño que en la misma Santa Margarita aparezca la acción incluso extraordinaria de la Virgen, previamente a las manifestaciones y revelaciones del Corazón de Jesús, como podréis ver en este boletín.

Hay quienes piensan que el culto y la devoción a la Virgen son incompatibles con la devoción y entrega que debemos vivir a Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios. Nada más lejos de lo que nos enseña el Evangelio y de la experiencia de los Santos. Pero además tenemos la doctrina de los Papas, que como Pío XII en la encíclica «Haurietis aquas», nos enseña a asociar estrechamente la devoción al Corazón de María con la devoción al Corazón de Jesús.

María será, pues, la madre que nos enseñará y ayudará a entrar en el misterio del Corazón de Jesús.

* * *

Con la subida al Sumo Pontificado del Papa Juan Pablo II el pasado 16 de octubre, día de Santa Margarita María, un anhelo fluye espontáneamente de muchos corazones: el de que sea este Papa quien la proclame Doctora de la Iglesia, elevando nuestras miradas hacia la Santa que ha descubierto a la Iglesia de los últimos siglos la riqueza y el amor del Corazón de Jesucristo. Invitamos a todos nuestros lectores a adherirse a la carta que vamos a enviar al Papa.

El Corazón de Jesús en el magisterio de los Papas Pío XII, Pablo VI

Entre los documentos de los Papas sobre el Corazón de Jesús tiene especial importancia la encíclica de Pío XII «Haurietis aquas», publicada en 1956. En ella reconoce este Papa «los innumerables frutos de salvación» que la devoción al Corazón de Jesús produjo en la Iglesia, y estudia teológicamente la naturaleza y objeto de esta devoción, su fundamento escriturístico y patristico,

y su historia a través de los siglos de vida de la Iglesia. Termina con una exhortación a renovar la devoción al Corazón de Jesús y a asociar a ella la del amantísimo Corazón de María.

Pablo VI, en 1965, bicentenario de la primera aprobación del culto litúrgico al Corazón de Jesús, publicó la carta apostólica «Investigabiles divitias», afirmando que desde entonces el culto del

agrado Corazón suscitó en las almas abundantes frutos de santidad, y que el Corazón de Jesús es el símbolo e imagen perfecta de aquel amor eterno, con el que «tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito» (Jn. 3,16). También en aquel mismo año Pablo VI escribió una carta sobre dicha devoción a los Superiores mayores

de los institutos religiosos dedicados al Corazón de Jesús. Sabemos igualmente que antes de morir estaba preparando un documento importante, posiblemente una encíclica, sobre el Corazón de Jesús, que bien pudiera ser asumida por el Papa actual, Juan Pablo II.

El Corazón de Jesús en el Evangelio La generación del Corazón de Jesús en San Mateo

Siguiendo el orden propuesto en el número anterior, llegamos hoy a la perícopa del Evangelio de San Mateo de la generación de Cristo (1,18-25). El evangelista señala que la Santísima Virgen se encontró encinta por obra del Espíritu Santo, antes de que fuera a vivir con San José, y que San José, precisamente porque era justo, al no querer lanzarle una acusación en público, prefirió abandonarla.

Cuando el Corazón humano de Jesucristo se está formando como se han formado todos nuestros corazones, en las entrañas de nuestras madres respectivas, vemos esta acción del Espíritu Santo, que protege todo el proceso humano y natural, de tal manera, que resplandece en él la acción de Dios. Y el ángel que aparta a San José de su pro-

pósito, para que, haciendo las veces de padre, cuide del Hijo de Dios, insiste en la obra del Espíritu: así será verdaderamente el Emmanuel, el Dios-con-nosotros.

Está con nosotros el Corazón de Cristo: es como uno de nosotros. Pero se hace ver, en los mínimos detalles, como Dios Salvador: hecho hombre, pero Dios; débil y necesitado de todo, hasta de un padre, pero Salvador. Escoge así el Corazón de Cristo este modo de acercarse a nosotros, por el que nos manifiesta claramente que es el mismo Dios quien se nos acerca: sepamos nosotros, con su Gracia, responder a su Amor y a su cercanía.

JOSÉ F. GUIJARRO, Cura Economo
de Horcajo de la Sierra.

El Corazón de Jesús en Santa Margarita Margarita huérfana Intercesión de la Virgen

«Perdí a mi padre —escribe Margarita— niña aún; y como era la única hija, y mi madre, encargada de la tutela de sus cinco hijos, paraba muy poco en casa, me crié por este motivo, hasta la edad de unos ocho años y medio, sin más educación que la de los domésticos y campesinos.»

Margarita quedó, pues, huérfana de padre y casi abandonada por su madre en su más temprana niñez. Se crió aparte de sus hermanos, en compañía de otras mujeres del campo. Esto es lo que nos dice ella. La Providencia divina, sin duda, andaba muy al tanto de esta situación, que tenía que servirle a Margarita para hacer posible su temprana vocación religiosa y carismática. Lo que los hombres generalmente consideran una desgra-

cia, sirve maravillosamente para los planes de Dios. Margarita en aquel tiempo no perdió, sino que ganó mucho espiritualmente. Por eso cuando a los nueve años la llevaron a una casa religiosa para prepararla a la primera comunión, la acción del Espíritu y sobre todo del Sacramento eucarístico afloró en ella intensamente llenándola de amargura en las cosas y placeres infantiles, y atrayéndola fuertemente a la oración y al deseo de ser religiosa.

Leamos la descripción de esta nueva situación en su autobiografía: «Me llevaron a una casa religiosa, donde me prepararon a la primera comunión cuando tenía unos nueve años, y esta comunión derramó para mí tanta amargura en

todos los infantiles placeres y diversiones, que no podía hallar gusto en ninguno, aunque los buscara con ansia, pues al punto que quería tomar parte en ellos con mis compañeras, sentía siempre algo que me separaba de allí y me impelía hacia algún rinconcito, sin dejarme reposar hasta que lo hubiese ejecutado. Allí me precisaba ponerme en oración, pero casi siempre postrada o con las rodillas desnudas en el suelo, o haciendo genuflexiones con tal que no me vieran, pues sufría un extraño tormento cuando así me encontraban. Tenía vivas ansias de hacer todo lo que veía practicar a las religiosas, considerándolas a todas como santas y pensando que si fuese religiosa llegaría a ser como ellas. Por lo cual se apoderó de mí tan grande ansia de serlo, que a esto sólo aspiraba...»

La vocación religiosa de anta Margarita comenzó, pues, en este colegio de Clarisas en que hizo su primera comunión a los nueve años. Sin embargo, hubo algo que no le satisfacía plenamente en ellas, como Margarita confiesa, «que no eran a mi parecer de bastante retiro para mí». Pero

«como no conocía otras, juzgaba que debía quedarme en su convento». También veló en esto la Providencia divina marcándole otro rumbo. Margarita cayó enferma y tuvo que pasar cuatro años casi sin poderse mover. Por esta causa nos dice ella que no estuvo allí más que dos años, volviendo como es lógico a su casa.

Con motivo de esta enfermedad se manifestó en Margarita una protección especial de la Virgen para con ella. «No pudo hallarse, en definitiva, otro remedio a mis males —escribe Margarita—, que el consagrarme con un voto a la Santísima Virgen, prometiéndole que, si me curaba, sería un día una de sus hijas». Margarita curó instantáneamente, y comenzó entonces a sentir en ella una intervención de María en su vida espiritual: «Se declaró de tal modo dueña de mi corazón —dice Margarita—, que mirándome como suya me gobernaba como consagrada a ella, me reprendía mis faltas y me enseñaba a hacer la voluntad de Dios.» Es normal que antes de intervenir carismáticamente el Corazón de Jesús, precediera en ella la acción de la Virgen.

*Reproducido del Boletín
«La Obra del Corazón de Jesucristo»*

S U M A R I O

EL CORAZON DEL REDENTOR DEL HOMBRE

F. V. C.

APRENDAMOS A CONOCER EL MISTERIO DEL CORAZON DE CRISTO

Alocución de S. S. Paulo VI en la audiencia del miércoles anterior a la fiesta del Sagrado Corazón

LA EUCARISTIA SIGNO DE GRATITUD DE LO CREADO

Alocución de S. S. sobre la fiesta del Corpus

DISCURSO DEL CARDENAL MARCELO GONZALEZ EN EL CERRO DE LOS ANGELES EL DIA 19 DE MAYO DE 1974, AL CELEBRARSE EL 50 ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DEL CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZAS

BARCELONA, TARRAGONA, GERONA, TORTOSA Y SOLSONA AL TIBIDABO EL 6 DE MAYO PARA CELEBRAR LA ASAMBLEA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

(Del Boletín Diocesano del A. de la O.)

ACTUALIDAD DEL ESPIRITU DE REPARACION

Javier Artés, C. O.

PARAY-LE-MONIAL Y LAS IMPRESIONES DE UN PEREGRINO

Narciso Torres Riera

EL CORAZON DE JESUS Y LA VIRGEN

(de la publicación «La Obra del Corazón de Jesucristo»)

VINO A LOS SUYOS...

Fray Antonio de Lugo, O. S. H.

LA PROFECIA DE SAN MALAQUIAS Y SU VERDADERO AUTOR

Juan Manuel de Igartua, S. J.

LA SUMA TEOLOGICA Y SUS CONTRASTES CON LA CIENCIA

M. M. Doménech I.

MATRIMONIO Y LEY NATURAL

Juan María Cascante, Pbro.

“Vino a los suyos...”

FRAY ANTONIO DE LUGO, O.S.H.

La Encarnación del Hijo de Dios es una verdad revelada que la Iglesia, con magisterio infalible, propone a nuestra fe, y que debe ser admitida, «eodem sensu, eademque sententia». El Evangelista San Juan lo afirma categóricamente, cuando escribe: «Y el Verbo se hizo carne» (Jn. 1-14); en su primera carta repite: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos, y palparon nuestras manos tocando al Verbo de vida, porque la vida se ha manifestado, y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó...» 1.ª Jn. 1-1, 2). Todo, en los Sagrados Evangelios, nos habla de la Persona de Jesús, de su Mensaje de salvación, de sus palabras, milagros, actitudes, etc.; lo humano encubre al Verbo eterno, Dios como el Padre y el Espíritu Santo. No menos claras son las Epístolas apostólicas, especialmente San Pedro, San Pablo, San Juan y los Hechos de los Apóstoles; el testimonio de tales documentos es tan fehaciente que no se puede negar su genuina historicidad, sin poner en peligro el talante científico de los detractores.

Los Símbolos de la fe; los Sagrados Concilios Ecuménicos de Nicea (325); Constantinopla (381); Efeso (431); Calcedonia (451), por citar algunos muy sobresalientes; los Santos Padres y el constante Magisterio de la Iglesia, siempre han expuesto con autoridad, y defendido contra los herejes, el hecho de la Encarnación del Hijo de Dios, y por tanto, las dos naturalezas subsistentes en la Persona divina del Verbo; lo mismo que la perpetua virginidad de María Santísima, tan íntimamente ligada a la Persona de su Hijo y a su obra redentora; con toda propiedad debe ser llamada «Theotocos», es decir, Madre de Dios. El Evangelista San Lucas, describe al detalle, el hecho de la anunciación a la Virgen, el Nacimiento de Jesús en Belén, y otros acontecimiento de la

infancia del Señor. En efecto, el Verbo que, según San Juan, «era Dios», «vino a los suyos», pero «los suyos no le recibieron» (Jn. 1-11). Para ahondar en las referencias de San Lucas, es preciso tener a la vista, el texto de San Juan. La lectura de San Pablo, ayuda a profundizar en la contemplación del misterio de Cristo, que como escribe a los filipenses, «semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis...» (Fil. 2-7=9); es, en verdad impresionante la afirmación, «se anonadó... se humilló...». ¡Que abismos de humildad se abren ante nuestros ojos, y son como fundamento y estímulo de piadosa contemplación!» Asumió, escribe San León, la forma de siervo, sin la mancha del pecado, enriqueciendo lo humano, sin empobrecerlo divino. Pues, el anonadamiento, por el que se manifestó visiblemente, quien de por sí era invisible, y por el que aceptó la condición común de los mortales, quien era el Creador y Señor de todas las cosas, fue una inclinación de su misericordia, no una pérdida de su poder. Por tanto, el que subsistiendo en la categoría de Dios hizo al hombre, ese mismo, se hizo hombre en la condición de esclavo... El mismo que es Dios verdadero, es también hombre verdadero. No hay en esta unión engaño alguno, pues la limitación humana y la grandeza de Dios, se relacionan de modo inefable» (Epístola ad Flavianum). No basta el estudio y la reflexión, hechos por supuesto, a la luz de la fe; es preciso, la amorosa contemplación, que nos haga gustar, lo que, si Dios no hubiera revelado, jamás el hombre pudiera imaginar siquiera. El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, por su misma grandeza, nos sitúa ante nuestra indigencia, ante nuestra radical pobreza y limitación, no menos que, ante la misericordia infinita de Dios. Oigamos a S. Agus-

tín: «¿Qué ser humano podría conocer todos los tesoros de sabiduría y de ciencia, ocultos en Cristo, y escondidos en la pobreza de su carne?... El, que era único Hijo de Dios, convirtió a muchos hijos de los hombres en hijos de Dios... ¿Pues, qué son aquellos tesoros de sabiduría y de ciencia, o para qué sirven aquellas riquezas divinas, sino para colmarlos?... Si no podemos contemplar todavía al que fue engendrado por el Padre, antes del lucero de la mañana, tratemos de acercarnos, al que nació de la Virgen, en medio de la noche» (Sermón 194, 3-4). La humildad más sincera brota en el alma, como fruto de la silenciosa contemplación de un hecho, humano-divino, que ha transformado la historia de la humanidad; es el mismo Señor, quien nos dice: «Aprended de Mí, a ser mansos y humildes de corazón», y sabemos que «los mansos poseerán la tierra», según la enseñanza del mismo Divino Maestro; Dios da su gracia a los humildes, a la vez que rechaza a los soberbios; las palabras de Jesús recogidas por el Evangelista, son una lección profunda: «Gracias te doy, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes del mundo, y las has revelado a los pequeños» (Lc. 10-21). Ante la sapientísima disposición de Dios, San Bernardo exclama: «Aprende hombre a obedecer; aprende tierra a sujetarte... Averguénzate, soberbia ceniza; Dios se humilla ¿y tu te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres, ¿y tu anhelando dominar a los hombres, te prefieres a tu Autor?...» (Homilías sobre la Virgen Madre). Verdaderamente, los caminos de Dios, son bien distintos de los caminos de los hombres, como el Señor, dijo por el Profeta. Es posible que, si nosotros hubiéramos de llevar a cabo la redención del hombre y su salvación, hubiéramos procedido, a buen seguro, de otra manera; los planes de Dios, son siempre adorables, y por eso, con gran admiración confiesa el Apóstol: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? o ¿quién fue su consejero? o ¿quién primero le dio, para tener derecho a retribución? Porque de El y por El y para El, son todas las cosas. A El, la gloria por los siglos. Amen» (Rom. 11-33=36).

Vino a los suyos, la «Luz que alumbró a todo

hombre que viene a este mundo» (Jn. 1-9), pero los suyos, «prefirieron las tinieblas a la luz», y no le recibieron; hoy, como entonces, tampoco se le recibe, y lo que es todavía peor, muchos después de haberle recibido, lo rechazan y le gritan: «Nolumus hunc regnare super nos», como aquellos siervos perverso que menciona el texto sagrado. El nacimiento del Niño de Belén, nos invita a penetrar con fe y amor, en el luminoso Misterio de Cristo, que, como leemos en el libro inspirado, es «mysterium absconditum a saeculis in Deo»; es el eterno amor del Padre, que se derrama sobre nosotros, en su Hijo, y así, «a los que le recibieron, les dio la posibilidad de ser hijos de Dios» (Jn. 1-12). Enseña el Apóstol, que, «cuantos hemos sido bautizados, nos hemos revestido de Cristo»; en El, el Padre nos ama, y nos llama a la divina filiación, ya que, «llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que recibiésemos la adopción, y por ser hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: «Abba», ¡Padre! De manera que ya no somos siervos, sino hijos, y si hijos herederos por la gracia de Dios» (Gal. 4-4=7). En verdad, somos hijos, en el Hijo, en Quien el Padre «tiene sus complacencias». Solo el Espíritu de Dios, que «penetra etiam profunda Dei» (1.ª Cor. 2-10), con sus dones preciosos, nos concede gustar «cuan suave es el Señor», y nos hace orar en fe, muy aquilata y pura; El nos introduce en aquella «espesura de la sabiduría y ciencia de Dios», no obstante los velos que lo ocultan; como a Moisés, a quien, como dice la Escritura, Dios se comunicaba en la nube; así nosotros, debemos también, penetrar en la «sagrada tiniebla», solo en fe, se comunica el Señor al alma, y tanto más, cuanto ésta sea más viva y operante por la caridad sobrenatural. Escuchemos, para terminar, al Papa San León el Grande: «Reconoce, cristiano, tu dignidad, y puesto que has sido hecho participa de la naturaleza divina, no pienses volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas, y trasladado a la luz y al reino de Dios» (Sermón de la Natividad del Señor).

La «Profecía de San Malaquías» y su verdadero autor

JUAN MANUEL IGARTUA, S. J.

De nuevo, con ocasión de las dos últimas elecciones pontificias, ha vuelto a la noticia popular ampliamente la mención de la llamada «Profecía de san Malaquías». Unos en favor y otros en contra, como otras veces, han vuelto a escribirse artículos y a darse interpretaciones. Sin embargo, en bastantes de los que escriben existe una notable desinformación sobre el caso del célebre documento y repiten argumentos que han perdido su valor. Estiman que no tienen validez alguna y dedican su esfuerzo a combatirlo como ridícula falsificación que no merece atención alguna. ¿No son en esto semejantes a Don Quijote, que alanceaba molinos de viento? Pero el gran caballero de Cervantes, en su locura, los alanceaba por creerlos gigantes, permaneciendo así en una lógica de su anublada razón. Estos, en cambio, los alancean estimándolos, en su cordura crítica, sólo molinos. No deja de ser una extraña situación. Es la misma que llevó a uno de los más importantes contradictores del documento, Amann Eg en el *Vacant*, a declarar que se ha dado demasiada importancia a un documento que no la tiene, y al mismo tiempo le dedicaba un artículo largo de varias columnas de su diccionario.

Suele repetirse que hay otros muchos documentos falsificados en la historia, y que otras listas de Papas se forjaron que quedaron arrinconadas en la cuneta de la historia. No caen en la cuenta de que esto precisamente es lo que hay que explicar: por qué esta lista precisamente ha superado los siglos de la historia y sigue presente en el mundo a cada nueva elección, en el ánimo e interés de muchos hombres, y puede decirse con verdad que «es noticia». Cuatro siglos han pasado desde su publicación impresa por el monje Wion en 1595, treinta y tres Papas han desfilado por el solio pontificio desde entonces. ¿Cómo es posible que sigan los hombres interesándose por una vulgar falsificación que no tenga más valor que el de serlo, y un juego de curiosidades?

Pienso que mi dedicación al tema, por interés de estudio sin prejuicios, puede justificar que diga una palabra sobre el mismo. En 1976 publiqué «El enigma de la Profecía de san Malaquías sobre los Papas», obra de 500 páginas y 16 láminas, y está agotada la primera edición; habiendo aparecido la segunda, puesta al día, y acabo de publicar otra obra: «¿Quién escribió la Profecía de san Malaquías?», complemento de la anterior, ambas en Ediciones Acervo de Barcelona. La primera trata, con el mayor rigor crítico que me ha sido posible, del tema de los extraordinarios y enigmáticos aciertos de futuro de la lista. La segunda trata del problema del autor.

Dos problemas diferentes

Todos los que tratan de la famosa «Profecía» parten de uno o dos supuestos. Unos, contrarios al documento, parten críticamente de la imposibilidad de que su autor sea el arzobispo san Malaquías, muerto en 1148, amigo de san Bernardo y santo canonizado por la Iglesia. En consecuencia de su oposición crítica, declaran el documento falso y rechazan como ridícula su pretensión profética. Los favorables parten del supuesto contrario. Creen que su cumplimiento sobrepasa toda posibilidad natural de acierto y, en consecuencia, creen en su espíritu profético, y de ahí pasan a admitir a ojos cerrados que su autor fue san Malaquías, dado que bajo su nombre figura en la obra «*Lignum vitae*» del citado monje belga Arnoldo de Wion, que imprimió en Venecia su libro sobre la Orden benedictina y sus glorias, insertando por excepción el documento de la profecía atribuido al santo, en 1595.

Mi pensamiento básico ha sido que son dos problemas diferentes y que deben ser tratados por separado y con mutua independencia. El problema de los aciertos requiere el estudio, basado

en los criterios ofrecidos por el propio documento, que fue calificado por Harnack mismo de «extraordinario y singular», en el estudio que le dedicó. Más de cien obras de bibliografía, que recojo en el segundo libro, dan fe de que ha sido estudiado largamente en la historia.

El examen de los aciertos

No pudiendo aquí entrar en detalle en el método empleado, bastará decir que su fundamento es deducir del mismo documento los criterios de interpretación de los lemas pontificios sucesivos. Tenemos la ventaja de que Wion mismo publica junto a los pontífices anteriores a 1595 la interpretación que hace Alfonso Chacón, el célebre dominico maestro de historia eclesiástica en el siglo XVI. Tales criterios han de examinarse si siguen resultando válidos para los lemas posteriores a la publicación. El método del autor de la lista consiste en escoger dos y rara vez tres palabras o términos (en latín) de algún dato del Pontífice correspondiente: nombre, apellido, lugar de nacimiento, escudo, título Cardenalicio, obispado, y con tales términos construir un «lema heráldico», que convenga al pontificado. ¿Se sigue cumpliendo este método después de 1595 y hasta 1978? Este es el problema verdadero de los aciertos.

Para ayudar a resolverlo he estudiado detalladamente cada acierto nuevo hasta hoy, y he aplicado el cálculo de probabilidades. Algunos han pensado y objetado que, como hay varias referencias, siempre sale alguna. Esto no es verdad. No hay sino *seis* referencias (que he citado) en cada Papa como metódicas, y puedo ofrecer simplemente dos argumentos actuales para probar que es falsa tal estimación. Sea el primero uno sacado del pontificado reciente de Juan Pablo I. Le correspondía el lema 109 (el libro de Wion se publica bajo el n.º 77, Clemente VIII en 1595). Este lema decía en la serie de la lista: «*De medietate lunae*». Pues bien, según el método citado de la primera parte que utiliza Chacón, a Juan Pablo I le corresponden hasta *cuatro referencias* notables: el nombre (Albino), el apellido (Luciani), el lugar de nacimiento (Belluno) y el día de la elección (menguante exacto de la luna, noche 25-26 agosto). Cicerón, maestro del latín, dice que Luna se dijo por contracción de Lucina, que viene de Luz (*De natura deorum*, 2, 27, 68).

Con sólo un valor de 1/12 para cada una de ellas (y piénsese en la casi infinita posibilidad de lugares de nacimiento, por ejemplo), la probabilidad de las cuatro referencias juntas sería de 1/124, es decir, de 1/20.736, que hace a todas luces improbable tal cuádruple acierto. Y aunque para ser más exactos, multipliquemos por el número de combinaciones posibles de seis términos de referencia tomados en aciertos de cuatro, que es $C_{6,4} = 15$, tendremos: $1/20.376 \times 15 = 1/1.382$, probabilidad de acierto pequeñísima todavía para Juan Pablo I y su notable caso.

Pero quedamos verdaderamente asombrados si llegamos a saber que toda la vida sacerdotal de Juan Pablo I transcurrió bajo el signo de la media luna. Pues tenemos:

Nacimiento, 17-X-1912. Cuarto creciente lunar.

Ordenación sacerdotal, 7-VII-1935. Cuarto creciente lunar.

Elec. Obispo Véneto, 15-XII-1958. Cuarto creciente lunar.

Elec. Patriarca Venecia, 15-XII-1969. Cuarto creciente lunar.

Elec. Pontífice, 26-VIII-1978. Cuarto menguante lunar.

Tal comprobación de la identidad de Juan Pablo I, *De medietate lunae*, con las fechas confirmadas en los cuartos crecientes por el Observatorio Fabra de Barcelona, al menos han de hacer pensar. ¿No hay motivos para afirmar un acierto imprevisible? Y 1/12 se ha buscado por alto, con objeto de que las seis referencias alternativas juntas den una probabilidad de 6/12, es decir, 1/2. Quiere decir que hemos estimado, favoreciendo al azar en lo posible, tan probable que haya alguna referencia entre las seis como que no la haya, como en la moneda a cara y cruz. ¿Pero es así en verdad? El caso de Juan Pablo I muestra lo contrario, ya que habiendo examinado detenidamente en el «*Anuario Pontificio*» de 1978 los 132 cardenales allí anotados, con sus datos de las referencias citadas (entran también allí los de más de ochenta años, que no participaron en el conclave), *ni uno solo de todos los restantes tienen ni una sola referencia posible*, y el Cardenal de Venecia Luciani obtiene, en cambio, cuatro nada menos.

El segundo argumento que ofrezco para mostrar la gratuidad de la afirmación de que el acierto se produce siempre en los datos personales, es el que he llamado «la plantilla imaginaria». Consiste

en fabricar una plantilla con los lemas en serie sucesiva y aplicarla sobre la serie, *sucesiva también*, de los Pontífices (pues ésta viene dada por la historia, y la otra por la profecía). Si se modifica o se corre la posición de la plantilla, ¿siguen existiendo los notables aciertos personales múltiples que la historia real ha dado? Desafío a hacer esta prueba, declarando que la he hecho varias veces, y desaparecen prácticamente casi todos los aciertos. ¿Es posible, pues, que sea el mero azar el autor de los aciertos? Pero, si no es el azar, parece (al menos como cosa muy probable) que es un instinto profético.

¿Quién escribió la Profecía?

También yo estoy convencido de que no fue san Malaquías. Existen algunos leves anacronismos para el siglo XII. Existe, sobre todo, la comparación con la obra de Onofre Panvinio, *Epitome Romanorum Pontificum*, de 1557, agustino llamado «padre de la historia eclesiástica moderna», muerto a los 39 años con una ingente producción. Pude obtener en la Biblioteca de El Escorial las fotocopias de esta obra monumental, en su edición princeps, y su examen, que ofrezco en mi segundo libro, me convenció de que la lista depende de esta obra. Luego, la lista está compuesta después de 1557. ¿Por quién? Frente a las absurdas atribuciones existentes (entre ellas la de Menestrier), que críticamente y a la luz de la historia no pueden sostenerse en pie, yo he buscado un nombre nuevo y argumentos nuevos.

He propuesto la hipótesis del propio Onofre Panvinio, el célebre historiador, en cuya obra está basada la lista de los lemas heráldicos llamada «Profecía de san Malaquías», y he ofrecido argumentos sacados del mismo documento, única fuente que en realidad poseemos en última instancia, para plantear tal atribución de autoría. Se puede objetar que un historiador como Panvinio no pudo fingir un documento. No pretendo que haya sido fingido, sino que a su muerte quedó entre sus papeles como obra personal, y le fue después sobrepuesto el nombre por otra mano. Su inesperada muerte a los sólo 39 años, en plena producción vital, dejó sus múltiples escritos en otras manos.

Es una hipótesis. Pero hasta ahora, pienso que ninguna otra ha sido presentada con argumentos serios, que dé razón de las modalidades del documento como ésta: lleno de erudición, sabiamente conciso, calculador matemático (número de oro), concededor de la historia eclesiástica y de los escudos, como Panvinio lo fue. ¿Fue Onofre Panvinio, el maestro agustino de la historia, el autor, aunque involuntario en cuanto al título, de la célebre «Profecía de san Malaquías»? ¿Tuvo, entonces y acaso, el espíritu profundamente religioso de Panvinio un don divino de «instinto profético» al continuar su lista hasta el final? He aquí dos preguntas sobre el documento. Como éste se acerca a su final, y en el siguiente pontificado al de Juan Pablo II llegamos a la clave, obtendremos alguna respuesta, al menos en la cuestión del acierto profético...



Viene de la pág. 28

MATRIMONIO Y LEY NATURAL

Crouzet llega a decir al final de su extenso estudio: «no nos parece concebible, en modo alguno, que la Iglesia pueda un día autorizar un solo caso, en el que dándose un matrimonio ciertamente válido, sacramental y consumado, pueda válidamente alguien contraer nuevas nupcias viviendo su consorte» (382).

5) El describir el divorcio vincular como una mera separación de cuerpos y de vida, gravada además por la penalidad de una impuesta contienda total y por la prohibición de nuevas nupcias, sin ninguna referencia a valores o finalidades superiores.

6) Suponer, sin base alguna sólida, que la Iglesia avanza en este sentido de liberación de la obligación de indisolubilidad, cuando todos los documentos del Magisterio papal y de la Santa Sede, y las declaraciones públicas de múltiples episcopados dicen lo contrario.

Uno esperaba, que la sólida formación del autor de la carta y su probada y declarada fidelidad a la doctrina del Magisterio de la Iglesia, hubieran producido un escrito más profundo y claro. Quizá haya de perdonársele esta falta de precisión, al hecho de moverse en un terreno, el teológico, que no es el propio de su especialidad.

La suma teológica y sus contrastes con la ciencia

El Principio de Inercia

M. M. DOMÉNECH, I.

El principio de inercia se toma como origen histórico y base fundamental de la mecánica, e incluso de la física moderna: «¿Cómo explicar el movimiento de las esferas celestes? No hay que olvidar que entonces se ignoraba la idea básica de la mecánica moderna, el principio de inercia (un cuerpo en movimiento uniforme no necesita ninguna fuerza para continuar moviéndose de la misma manera). El movimiento del complejo sistema necesitaba un motor permanente; por tanto, había que suponer un primer motor (Dios) que anima todo el sistema del mundo por una acción que comunica directamente a la primera esfera, el cielo de las estrellas fijas» (1). «Con el derrumbamiento de la representación cósmica y teológica de la causalidad, y con la negación de toda animación del universo, la nueva ciencia tuvo que buscar la explicación causal al nivel de los cuerpos mismos; sus movimientos no habían de ser explicados ya por una causa extraña, era una realidad que se conservaba en ellos (principio de la conservación de la cantidad de movimiento, principio de inercia); su energía propia se bastaba a sí misma. Del mismo modo, el movimiento local uniforme (aquel que, para los antiguos, representaba el tipo mismo del cambio), fue considerado muy pronto no ya como un cambio real que necesitaba fuera de sí mismo la explicación, sino como un simple estado de los cuerpos como lo es el reposo (por otra parte, la ciencia moderna generalizará esta concepción). Como consecuencia de todo ello, la causalidad perdió su sentido metafísico.» (2)

Sin embargo, mirando bien las cosas, la «inercia» es simplemente el nombre de un hecho; no su fundamento ontológico. No se puede aceptar que principios ontológicos como los que siguen hayan sido «superados» por una ficción fisicomatemática:

«Todo lo que se mueve es movido por otro». (3)

«Todo lo que se mueve, se mueve por algún fin y, por consiguiente, alcanzado el fin último, ya no se moverá.» (4)

¿Por qué sigue moviéndose el péndulo al llegar a la parte baja de su movimiento, si es lo que siempre apetece? ¿Cuál es la causa ontológica de la inercia? El tema es importante porque precisamente uno de estos principios es premisa para una vía de demostración de la existencia de Dios.

El renacimiento revolucionario en el campo científico y cosmológico empieza a tener algo que ofrecer cuando, al expresar fisicomatemáticamente el principio de inercia ($F = m \cdot a$) y la ley de la gravitación universal de Newton ($F = M \cdot m / d^2$) es capaz de predecir la posición de los astros aun sin conocer su historia pasada; el hombre desmitifica el cielo, se hace con su clave y con ella encuentra un nuevo fundamento para soñar con dominarlo todo. Este estado de cosas permite además ridiculizar aquella filosofía según la cual el señor de todo es Dios, y la nueva concepción se avendrá muy bien con el liberalismo, que confunde la voluntad humana con la divina, y con el idealismo que da a la mente humana atributos divinos al hacerla creadora.

La ridiculización es posible porque la cosmología medieval había aplicado mal los principios ontológicos del movimiento; y lo hizo mal porque los aplicó ontológicamente a aquello que los había sugerido: los movimientos del cielo y la caída y ascenso de los cuerpos graves y ligeros, es decir, a lo que primeramente se presenta a la sensibilidad humana. Pero no es que las apariencias engañen, sino todo lo contrario.

Como obra de un gran artista, las apariencias sensibles son sugerentes de la verdadera realidad ontológica, pero no directamente sino metafóricamente, y de manera bellísima por cierto. Por ello fueron verdaderos aquellos principios ontológicos y por lo mismo se pueden entender correctamente todas las alusiones de la Suma Teológica a la física medieval si se interpretan metafóricamente.

Para salvar plenamente la verdad de los principios ontológicos del movimiento no tenemos más que aplicarlos correctamente según los datos que ha aportado la ciencia hasta nuestros días; estos datos son que todos los cuerpos astronómi-

(1) Filosofía de la Naturaleza. Aubert. Herder. Pág. 82.

(2) Filosofía de la Naturaleza. Aubert. Herder. Pág. 144.

(3) Suma Teológica. 1 q2 a3.

(4) Suma Teológica. 1 q2 a2 d2.

cos están constituidos por las mismas sustancias químicas, que no hay lugar (ubi) privilegiado en el cosmos para ninguna sustancia corporal, y que todas las sustancias minerales tienen una estructura espacial (situs) determinada entre sus partes, a la que tienden y en la que reposan.

Cada cuerpo mantiene su estado de movimiento si no interviene ninguna fuerza corporal, es decir, mientras no se manifiesten las tendencias a la configuración espacial perfecta (situs) de las sustancias que intervienen en el fenómeno; para entender esto hay que pensar en la gravitación como el resultado conjunto de todas las tendencias corporales de cada cuerpo concreto a la configuración perfecta de todas las sustancias posibles. La materia de los cuerpos no tiene colmada su potencialidad, y le queda apetencia por todas las otras formas, que alcanza aproximándose y uniéndose a las demás sustancias; y no hay que buscar sujeto aislado de esta apetencia, porque la materia prima informe no tiene existencia actual; esta apetencia es de los cuerpos, por su materia. Las manifestaciones elásticas y eléctricas son eso mismo cuando predominan las solicitudes y afinidades de sustancias concretas, hacia la configuración perfecta de una sustancia específica, por estar más próxima su formación. Las fuerzas magnéticas son en realidad eléctricas, ya que cualquier campo magnético se convierte en eléctrico con tal de aplicar convenientemente la teoría de la relatividad de Einstein a la composición de velocidades de todas las partes que intervienen en el sistema. (5)

Todas las referencias de la Suma Teológica a los apetitos naturales que mueven los cuerpos graves y ligeros pueden entenderse metafóricamente; pero si se quiere substituir el ejemplo puesto por Santo Tomás, por otro más conforme con las concepciones fisicomatemáticas modernas, se pueden utilizar los fenómenos elásticos.

Por ejemplo, el siguiente texto:

«Si el principio del movimiento celeste es sólo la naturaleza, sin aprehensión alguna, tal principio tendría que ser la forma del cuerpo celeste, como pasa entre los elementos; pues aunque las formas simples no sean motores, son, no obstante, principios de movimientos, porque tras ellas siguen los movimientos naturales como todas las demás propiedades naturales. Pero es imposible que el movimiento celeste siga a la forma del cuerpo celeste como a un principio activo. Pues

la forma es principio del movimiento local cuando a un cuerpo le corresponde por ella tal lugar, hacia el cual se mueve en virtud de que su forma tiende a él; y entonces, como lo engendra, la forma se llama motor, como vemos que el fuego tiende hacia arriba en virtud de su forma. Más por razón de la forma, no corresponde al cuerpo celeste el estar en este lugar o en aquel. Luego el principio del movimiento celeste no es sólo la naturaleza. En consecuencia deberá ser algo que mueva por aprehensión» (6)

Podría transcribirse así:

Si el principio del movimiento inercial fuera sólo la naturaleza, sin aprehensión alguna, tal principio tendría que ser alguna forma, como pasa entre los elementos; pues aunque las formas de las sustancias químicas no sean motores, son, no obstante, principios de movimientos, porque tras ellas siguen los movimientos naturales, como todas las demás propiedades naturales. Pero es imposible que el movimiento inercial siga a una forma como a un principio activo. Pues la forma es principio del movimiento local cuando a alguna parte de un cuerpo le corresponde por ella tal lugar relativamente a las demás partes, hacia el cual se mueve en virtud de que por la forma tiende a él; y entonces, como lo engendra, la forma se llama motor, como vemos que la parte de hidrógeno tiende a situarse a 0,965 Angstrom de la parte de oxígeno en virtud de la forma del agua. Mas por razón de una forma no corresponde a lo que se mueve inercialmente el estar en este o en aquel lugar. Luego el principio del movimiento inercial no es sólo la naturaleza. En consecuencia el principio de este movimiento deberá ser algo que mueva por aprehensión.

Si en la concepción de Santo Tomás una esfera celeste en movimiento giratorio tenía que ser movida por una sustancia espiritual inteligente, porque ninguna perfección natural era alcanzada, por no haber posición privilegiada en ninguna de las que sucesivamente va adquiriendo la esfera en su movimiento, y como eso mismo sucede en el giro de una peonza, que ahora decimos que mantiene el movimiento por inercia, se ha de concluir que el impulso de los cuerpos se mantiene también por la acción de la sustancia inteligente, con lo que la concepción ontológica medieval sigue cierta y aplicable. El movimiento, como cierto acto que es, tiene que ser conservado continuamente como el ser.

(5) Lectures on Physics. Feynman. Addison-Wesley.

(6) Suma Contra los Gentiles. L 3, cap. 23.

Se habría caído en la misma interpretación materialista del cosmos que ahora se tiene en las escuelas, si se hubiera dicho que las esferas celestes mantenían su movimiento por inercia. Es sabida la gran dificultad que encontraba la filosofía aristotélica para explicar la permanencia del movimiento en la flecha lanzada por el arquero; (7) los forzados argumentos utilizados no hubieran sido necesarios si se hubiese caído en la cuenta de que aquello mismo pensaba para explicar ontológicamente el movimiento del cielo era aplicable al tiro de la piedra o de la flecha. De igual modo que se ha ensalzado la teoría de Newton porque reducía el movimiento celeste al problema del lanzamiento de un proyectil, (8) podemos decir que ontológicamente el tiro de la flecha se explica por la teoría peripatética del movimiento celeste, lo que eleva el problema al orden de lo espiritual e inteligible.

Como Dios es el único que puede infundir formas en la materia prima, (9) y la tendencia natural o fuerza corporal la produce el mismo que engendra la forma, las tensiones naturales son divinas y el movimiento cósmico que la fisicomatemática atribuye a la inercia es angélico; probablemente la gravitación sea directamente acción de Dios y la elasticidad concurrencia de la causa primera con la acción de la forma corporal; el ángel, por el poder de su acto, puede mover los cuerpos, realizando aquella ambición utópica de la ciencia ficción que consiste en mover los cuerpos con el pensamiento, cosa imposible al alma humana, que por ser forma del cuerpo, sólo le perfecciona para que se mueva por medio de las afecciones sustanciales de las formas corporales subsumidas.

Diremos, pues, que la causa de la inercia son los ángeles, como se decía que eran la causa de los giros de las esferas celestes; las fuerzas corporales no hacen más que modificar el movimiento que imprime a la materia, la sustancia inteligente separada, y por esto hay tanto orden en el resultado de ambas acciones, la de las formas corporales y la de las sustancias espirituales separadas: porque uno de los factores es inteligente.

Así se entiende la armonía ecológica de todos los sistemas que son ámbito apropiado para la vida vegetal y animal; la belleza de una noche estrellada, de una puesta de sol, de una costa

brava o de un riachuelo lleno de vida y de sonrisas. Con esta concepción es muy hermoso y verdadero pensar de nuevo estas verdades, que por cierto están en contradicción con los sistemas sociopolíticos actuales:

«Como la naturaleza obra para conseguir un fin en virtud de la dirección de algún agente superior, en lo mismo que hace la naturaleza interviene Dios como causa primera». (10)

«La providencia divina se vale de intermedios, pues gobierna los seres inferiores por medio de los superiores, pero no porque sea insuficiente su poder, sino porque es tanta su bondad, que comunica a las criaturas la prerrogativa de la causalidad». (11)

«En el gobierno de las cosas reina cierto orden; las cosas inferiores son regidas por las superiores». (12)

«La acción de la criatura irracional no se atribuye únicamente a ella, sino principalmente a Dios, que gobierna y mueve todas las cosas». (13)

«Dice el Apóstol, Rom. 13,1, que cuanto existe ha sido ordenado a Dios. Y enseña Dionisio que el orden de la divinidad es gobernar las cosas inferiores por las medias». (14)

Nunca el espíritu materialista descubrirá la verdadera causa de lo que él llama inercia; no hay dato posible mensurable en el mundo de lo corporal que revele la potencia ontológica espiritual que está del otro lado de lo palpable y medible. Es posible que exista una jerarquía de entidades espirituales, cada una modificando el movimiento que inteligentemente imprimen las sustancias superiores, hasta las formas corpóreas que cooperan a su manera, a determinar la concreción última del movimiento mediante lo que la física llama fuerzas y que son las tendencias naturales a las configuraciones perfectas de cada sustancia, todo ello inteligentemente armonizado por las mentes que imprimen los primeros movimientos, principalmente la de Dios, motor inmóvil de todo y amado por todo a su manera, a cuya alabanza, reverencia y servicio se mueve todo lo que vive en el cielo y en la tierra, hasta que se complete el número de los elegidos que al fin, como dice San Agustín, al terminar «La Ciudad de Dios» descansarán; descansarán y verán, verán y amarán, amarán y alabarán.

(7) Historia y Filosofía de la Ciencia. Hull. Ariel. Pág. 190.

(8) Historia y Filosofía de la Ciencia. Hull. Ariel. Pág. 228 y The Sleepwalkers. Koestler. Pelican book. Pág. 513.

(9) Suma Teológica. 1 q65 a4 sc.

(10) Suma Teológica. 1 q2 a3 s2.

(11) Suma Teológica. 1 q22 a3.

(12) III de Trinitate. c4. San Agustín.

(13) Suma Teológica. 2-2 q90 a3.

(14) Suma Teológica. 2-2 q172 a2.

Matrimonio y ley natural

JUAN M.^a CASCANTE, Pbro.

Por su interés doctrinal y por la actualidad del tema reproducimos esta carta publicada en el DIARIO DE BARCELONA (3-II-79).

Señor Director:

En prestigiosos rotativos de esta ciudad han aparecido unos artículos y «cartas al director» tratando unos de probar que el divorcio va contra la Ley Natural y otros lo contrario.

Como sea que entre estos últimos se encuentra una carta del día 20 p.p. firmada por el prestigioso abogado, D. Ignacio de Gispert, decano que fue de este colegio en Barcelona. Y como que además en dicha carta se declara creyente católico, podría parecer que sus afirmaciones recogen la doctrina de la Iglesia, cuando su lectura puede confundir en sentido contrario.

Brevemente para no molestar su atención, me limitaré a destacar un escueto resumen los puntos que creo poco fundamentados. Son éstos:

1) La equiparación de la «Ley Natural» fundada en la realidad biopsicológica del ser humano y en la realidad de las relaciones que vital y personalmente le afectan con ciertos costumbres populares; puesto que para desvirtuar que la perpetuidad del matrimonio es una exigencia o precepto de la Ley Natural, el autor afirma sencillamente que: «en todos los países de la tierra la ley del divorcio ha sido la regla general».

2) La errónea suposición de que la unidad irrompible del vínculo matrimonial está basada en una ley eclesiástica (y además reformable), cuando el Vaticano II dice: «por este acto humano con el que los cónyuges mutuamente se entregan y aceptan, surge por ordenación divina una institución permanente, incluso ante la sociedad. Este vínculo sagrado... no depende del arbitrio humano. Dios mismo es su autor... Esta íntima unión exige la plena fidelidad de los esposos y urge su indisoluble unidad» (GS. 48). Y que conste que está hablando del matrimonio natural, como contrato humano y civil, no del sacramento

cristiano, cosa que hace a continuación (ib. y número 49).

3) El anteponer el valor meramente subjetivo y relativo de la conciencia individual, al de la voluntad de Dios y a los preceptos de la Ley Natural, que son los únicos que pueden dar valor absoluto y verdadero en el orden moral y ético a todos los actos del hombre. Dice D. Ignacio: «Acepto como creyente la dura ley de la Iglesia, siempre reformable, sin olvidar que por encima de toda ley, están los dictados de la recta conciencia».

Esta confusión parece inadmisibles en un jurista y más cuando se reconoce públicamente como creyente.

Resulta también inadmisibles que una ley, aunque sea de la Iglesia, se la considere como dura, o sea como mera imposición, cuando siempre por el misterio de la presencia viviente de Cristo resucitado en su Iglesia, el cumplimiento de toda ley honesta y mucho más eclesiástica, ha de estar basado en el impulso gozoso y suave del Espíritu Consolador, que nunca falta a quien humildemente lo invoca. Porque el cumplimiento de toda ley cristiana ha de estar basado en el amor, en la caridad que de Dios procede y que reside en todo creyente fiel.

4) Resulta hoy del todo inadmisibles afirmar que la Iglesia católica de los primeros tiempos aceptara el divorcio vincular, sobre todo, después de los fundados y científicamente definitivos estudios de J. Dauviller: «Les institutions chrétiennes au I siècle» y H. Crouzel «L'Eglise primitive face au divorce», quienes demuestran apodícticamente que no hay ningún testimonio claro e irrefutable en favor de dicho sentido, antes al contrario, frente a todos y contra todos la Iglesia sostuvo esta indisolubilidad. De tal modo que

Pasa a la pág. 24